

Vivir con el Señor

CONTENIDO

1. El deseo de Dios es que vivamos con Él
2. Poner en práctica vivir con el Señor
3. Vivir con el Señor al amarle
4. Recibir la abundante ministración del Espíritu a fin de crecer, ser transformados y ser conformados

PREFACIO

Este libro es una traducción de mensajes dados en chino por el hermano Witness Lee en una conferencia celebrada del 26 al 31 de agosto de 1975 en la iglesia en Taipéi.

CAPÍTULO UNO

EL DESEO DE DIOS ES QUE VIVAMOS CON ÉL

**Lectura bíblica: Jn. 1:4, 12-14, 29; 14:16-20, 23; 15:4-5; 17:21, 23;
6:57**

Le damos gracias al Señor por permitir que nos reunamos otra vez en Su nombre, donde podemos adorarlo y liberar nuestro espíritu. Podemos liberar nuestro espíritu de manera audible o silenciosa. Cualquiera de las dos maneras nos permite liberar nuestro espíritu, en tanto que usemos nuestro espíritu y no permanezcamos en nuestra mente. Creo firmemente que en esta serie de mensajes el Señor nos concederá Su gracia y hará que avancemos.

DIOS TIENE UN PLAN GLORIOSO Y HA CONSUMADO CINCO GRANDES HECHOS

Nuestro Dios tiene un propósito y una obra. La Biblia revela que en la eternidad pasada Dios hizo un plan basado en Su propósito. Este plan fue hecho según el deseo del corazón de Dios. Dios tenía un deseo, un beneplácito, en Su corazón, y en conformidad con este deseo o beneplácito, Él hizo un plan glorioso en la eternidad pasada. Dicho plan puede parecernos bastante sencillo, pero intrínsecamente es, en verdad, misterioso. Este plan consiste en que Dios obtenga un grupo de personas como vaso corporativo que le contengan a fin de que Él pueda ser expresado por medio de ellos.

El plan de Dios consiste en que Dios se exprese a Sí mismo. Dios es un Dios misterioso y que se esconde. Aunque uno busque en los cielos, en la tierra y en todo el universo, no es fácil encontrar a Dios. Tal parece que hay muchas cosas en el universo, pero que Dios no existe; sin embargo, sabemos que sobre todas las cosas y en medio de todo ello, Dios sí existe. Dios es verdadero, real y viviente, pero está escondido y oculto. Dios está escondido, pero la Biblia nos muestra que Él desea ser expresado. Dios, en Sí mismo, está oculto de nosotros, pero al entrar en nosotros, Él puede ser expresado por medio de nosotros. Aunque Dios es un Dios que se esconde, nosotros podemos expresarlo; de hecho, Su expresión depende de nosotros. Éste es el deseo eterno del corazón de Dios. Esto es lo que Él ha dispuesto en conformidad con Su plan eterno.

Puesto que Dios tiene un plan, Él también labora para realizarlo. La Biblia comienza con un relato sobre la primera obra de Dios —la creación—, y termina presentándonos una ciudad llamada “la santa ciudad, la Nueva Jerusalén” (Ap. 21:2). Esta ciudad no es resultado de la obra creadora de Dios, sino de Su obra edificadora. Dios comienza con la creación y termina con la edificación. La creación es Su primer paso, y la edificación es Su paso final. La creación efectuada por Dios tiene como fin el edificio de Dios. Estos dos —la creación de Dios y el edificio de Dios— llevan a cabo el plan eterno de Dios y cumplen el deseo eterno de Su corazón.

Entre los dos extremos de la Biblia, es decir, entre la creación y el edificio, Dios toma cinco pasos principales y consume cinco hechos principales, a saber: la redención, la regeneración, la transformación, la conformación y la glorificación. Debemos grabar estos cinco hechos principales en nuestro corazón. Debido a que éramos personas caídas, Dios vino a redimirnos; luego, después de efectuar la redención, Dios en el Hijo entró en nosotros para ser nuestra vida. Ahora, además de nuestra vida natural, tenemos una vida espiritual: la vida divina. Esta vida nos regeneró, haciéndonos nacer de nuevo. Una vez que hemos sido regenerados, esta vida en nuestro interior comienza a transformarnos mediante un proceso metabólico, infundiendo en nosotros la propia naturaleza de Dios. Posteriormente, además de transformarnos, Dios da otro paso al conformarnos a Su imagen. Todos los creyentes gradualmente obtendrán la imagen de Dios y serán como Él. Finalmente, Dios nos introducirá en la gloria, haciéndonos la Nueva Jerusalén. La Nueva Jerusalén es el edificio de Dios. Ésta es una visión panorámica de toda la Biblia. Al principio la Biblia habla de la obra creadora de Dios, y al final, habla del edificio de Dios. Entre estos dos extremos, la Biblia revela la obra que Dios realiza a fin de redimirnos, regenerarnos, transformarnos, conformarnos a Su imagen e introducirnos en la gloria. Ninguno de estos grandes hechos se conforma a nuestro concepto religioso o natural.

DIOS DIO DOS PASOS PARA LLEVAR A CABO SU PLAN

Ahora consideremos cómo Dios lleva a cabo Su plan. Con palabras sencillas esperamos presentar un cuadro de la manera en que Dios logra esto. A fin de llevar a cabo Su plan, Dios ha dado dos pasos. El primer paso fue que Dios se hizo carne. Si Él no se hubiera hecho carne, no habría tenido la manera de

efectuar la redención. Así que, a fin de redimirnos, Dios vino del cielo a la tierra, introdujo la divinidad en la humanidad y se hizo carne. Aquel que se hizo carne, Dios mismo, es Jesucristo nuestro Señor. Nunca debíamos tratar de encontrar a Dios fuera de Jesucristo, pues fuera de Jesucristo no existe Dios verdadero. Jesucristo es Dios mismo, el Señor de toda la creación y Jehová. ¿Cree usted en Dios? Si usted cree en Dios, debe creer en Jesucristo. Los judíos creen en Dios pero rechazan a Jesucristo; por tanto, ellos no tienen a Dios porque Jesucristo es Dios, y Dios está en Jesucristo. Dios se hizo carne: una persona histórica, real, que nació en un pesebre hace más de mil novecientos setenta años. Él vivió en la tierra como hombre por más de treinta años y, al final de Su vida, fue clavado en la cruz, donde derramó Su preciosa sangre para efectuar la redención y así resolver el problema correspondiente a nuestro pecado y a toda cosa negativa. Éste fue el primer paso que Dios tomó para llevar a cabo Su plan eterno, a saber: Dios se hizo carne a fin de redimirnos.

El primer paso fue que Dios se hizo carne, y el segundo, que Él llegó a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Dios, a fin de redimirnos, entró en la muerte y pasó por ella. Él hizo un viaje pasando por la muerte, pero la muerte no tuvo ningún efecto sobre Él y no pudo hacerle daño alguno. La muerte no lo tomó prisionero; más bien, Él mismo entró en la muerte por Su propia voluntad, se entregó a la muerte y permitió que la muerte hiciera con Él todo lo que pudiera. Finalmente, la muerte no tuvo poder alguno, así que Él pasó por la muerte y salió de ella. Ésta fue Su resurrección. En la resurrección Él llegó a ser el Espíritu vivificante. El primer paso fue que Dios se hizo carne; el segundo paso fue que Él llegó a ser el Espíritu vivificante. Él se hizo carne a fin de redimirnos, y se hizo el Espíritu vivificante para entrar en nosotros y ser nuestra vida. Hoy este Espíritu vivificante es omnipresente, es decir, Él está en los cielos y en la tierra, sobre nosotros y debajo de nosotros, dentro de nosotros y fuera de nosotros. Dios se hizo carne para efectuar la redención, y se hizo el Espíritu para llegar a ser nuestra vida.

DIOS DESEA QUE NOS DETENGAMOS A FIN DE QUE VIVAMOS CON ÉL

El Señor Jesús mora en cada uno de nosotros que hemos creído en Él. Él está en nosotros, y no quiere que hagamos nada. Esto difiere por completo de nuestro concepto religioso. El concepto religioso siempre afirma que debemos hacer muchas cosas y que debemos esforzarnos por ser un marido o esposa apropiados; ya hemos oído suficiente tales enseñanzas. Ahora quisiera decirles, en el Señor, que el mismo Señor Jesús dentro de ustedes no quiere que ustedes hagan nada. De todos modos, no pueden hacer nada, e incluso si pudieran, no tendría valor alguno. El Señor nos dice claramente en Juan 15: “Porque separados de Mí nada podéis hacer” (v. 5b). Sin embargo, temo que muchos creen que separados del Señor ellos pueden hacer muchas cosas. Ciertamente, separados del Señor podemos hacer muchas cosas, tal como enojarnos y lanzarles cosas a los demás. Si una esposa está separada del Señor, ella incluso puede robarle el dinero a su marido, y si un marido está separado del Señor, es capaz de mentirle a su esposa. Podemos hacer muchas cosas separados del Señor; sin embargo, todo lo que hagamos no tiene valor alguno. Por tanto, el Señor dijo: “Separados de Mí nada podéis hacer”. Así que, todos debemos

detener por completo nuestro accionar. Necesitamos dimitir en cuanto a ser humildes y desistir de amar a los demás. Ya sea que tengamos más de sesenta años o que seamos adolescentes, debemos detener por completo nuestro accionar. Si tratamos de hacer algo, es inútil, porque separados de Él nada podemos hacer. La manera en que seremos bendecidos consiste en dimitir y desistir, interiormente, de nuestro accionar. Entonces el propio Señor Jesús será quién viva con nosotros. El Señor dijo: “Permaneced en Mí, y Yo en vosotros” (v. 4). Además, dijo: “Porque Yo vivo, vosotros también viviréis” (14:19b). El Señor, al declarar estas palabras, pareciera decir: “Yo quiero que vivas en Mí, y Yo quiero vivir contigo. Tú y Yo debemos vivir juntos y accionar conjuntamente”.

Creo que todos hemos oído esta enseñanza antes. Sin embargo, debemos reconocer que en nuestro vivir no tenemos mucha experiencia de esto. De ahora en adelante, debemos ser estrictos en cuanto a este asunto. Debemos decir: “De ahora en adelante, ya no debo ser yo quien viva. Debe ser Cristo quien vive en mí. Cuando amo a otros, no quiero ser yo el que los ama; más bien, debe ser Cristo en mí quien los ama. Incluso cuando canto himnos u oro, no debo ser yo quien ora y canta, sino Cristo en mí”.

Jóvenes cristianos me han preguntado innumerables veces si deben hacer ciertas cosas o no. Cuando me hacen esta clase de preguntas, les respondo frecuentemente que no es asunto de si podemos hacer algo o no; más bien, lo importante es que le preguntemos al Señor. Por ejemplo, si queremos ir al cine, simplemente debemos decirle al Señor: “Señor, mi ida al cine es Tu ida también. Veré esta película en Ti”. Si somos capaces de decirle estas palabras al Señor, entonces podemos ir al cine. Cuando les respondo a los jóvenes de esta manera, con frecuencia ellos dicen: “Sé que Jesús no va al cine, así que no puedo decir tales palabras. Por tanto, no puedo ir al cine”.

Uso este ejemplo para mostrarles que la verdadera vida cristiana no es algo que procede de nosotros mismos; es decir, no procede de nuestro propio accionar o de nuestro comportamiento. La verdadera vida cristiana es el vivir del Señor Jesús dentro de nosotros; es Su vivir, no el nuestro. Muchos cristianos han oído esta enseñanza, pero muy pocos la viven. Mi carga al tener comunión con ustedes acerca de este asunto es que hoy tomemos la decisión que nuestro vivir sea el vivir del Señor Jesús, es decir, que nuestro vivir sea el Señor Jesús quien viva en nosotros.

Todos debemos ver que el Señor ha hecho algo grande. El Señor no sólo resolvió en la cruz nuestro problema con respecto al pecado, sino que además Él ha llegado a ser el Espíritu. Él, como Espíritu, ha entrado en nosotros. Ahora, Él desea vivir en pro de nosotros y que nosotros vivamos juntamente con Él. Ésta es la característica única de un cristiano. Un cristiano normal es aquel en quien el Señor Jesús, como Espíritu viviente, vive dentro de su espíritu. Ningún cristiano debe vivir por sí mismo. Todo creyente es aquel en quien Cristo vive. Así que, debemos detener nuestro accionar y desistir de nuestro propio vivir.

DEBEMOS PONER EN PRÁCTICA VIVIR CON EL SEÑOR EN NUESTRA VIDA DIARIA

Debemos poner en práctica vivir con el Señor en nuestra vida diaria. Sin embargo, yo sé que en la práctica muchos de nosotros descuidamos esto. Cuando vamos a la reunión, el Señor debe acompañarnos en nuestra ida; vamos a la reunión porque el Señor en nosotros va a la reunión. Debemos llevar una vida, un vivir y un mover juntamente con el Señor. Al ir a la reunión, debemos percibir en verdad que no vamos solos, sino que el Señor y nosotros vamos juntos.

La enseñanza que recibimos en la reunión es muy clara: hemos muerto y hemos sido sepultados, así que ya no somos nosotros los que vivimos, sino que Cristo vive en nosotros. Sin embargo, cuando estamos atareados en nuestra vida diaria, el Señor Jesús no está presente. Estamos ocupados con muchas cosas todo el día, pero el Señor Jesús está ausente. Exteriormente, quizás parezcamos ser cristianos fervientes, pero en realidad el Señor no está presente en toda nuestra actividad frenética. Quizás estemos tan ocupados que no es sino hasta que nos sentamos para comenzar la reunión en el salón, que descubrimos que hemos abandonado al Señor y que Él no está con nosotros.

Debemos recibir la visión de que, como personas salvas, el Señor está dentro de nosotros y es uno con nosotros. No podemos separarnos de Él. Él es nuestra vida por dentro, y no quiere que continuemos viviendo por nosotros mismos. En nuestro diario vivir, en asuntos grandes y pequeños, debemos aprender a detenernos y decirle al Señor: “Señor, Tú estás aquí conmigo, y yo vivo por Ti”. Cuando es tiempo de reunirnos, debemos decirle: “Señor, Tú ve a la reunión, y yo iré contigo. Iré a la reunión en Ti”. Si oramos de esta manera, espontáneamente viviremos con el Señor al entrar en el salón de reunión. Como resultado, no chismaremos ni preguntaremos acerca de esto y lo otro, pues el Señor no hace eso. Cuando estemos en la reunión, cooperaremos con el Señor y permitiremos que Él fluya desde nuestro interior al alabar, testificar, cantar o invocar el nombre del Señor. Hoy, el Señor necesita un grupo de personas sobre la tierra que se conduzcan de esta manera.

Hoy todos debemos arrepentirnos y confesar respecto a una cosa en particular. Debemos arrepentirnos y confesarle al Señor, diciendo: “Señor, por años he sabido que Tú vives en mí, pero todos estos años no he vivido por Ti. Aunque no cometo grandes pecados ni hago cosas malas, reconozco que no vivo por Ti; por el contrario, siempre vivo por mí mismo”. Todos necesitamos experimentar esta clase de arrepentimiento y confesión. También debemos reconocer que hemos hecho sufrir al Señor al obstaculizarlo y limitarlo dentro de nosotros. Tenemos que confesarle al Señor: “Señor, no has podido fluir desde mi interior debido a que no he vivido por Ti. Yo sigo siendo yo, y Tú sigues siendo Tú. No he permitido que Tú seas mi vida. Perdóname. Externamente, pareciera que no he hecho nada malo —no peleo con mi cónyuge ni la ofendo—, pero en realidad Tú no eres mi vivir, y yo no te vivo a Ti”.

La intención del Señor no es que seamos buenos ni que nos mejoremos a nosotros mismos. Por supuesto, Su intención tampoco es que seamos malvados ni que hagamos cosas malignas. La intención del Señor es que le demos plena libertad de vivir en nosotros. El Señor desea que detengamos por completo nuestro accionar y que lo tomemos a Él como nuestra vida, que vivamos por Él y que vivamos con Él. Puesto que éste es el deseo del Señor, debemos olvidarnos de todo lo demás. Debemos olvidarnos de nuestro celo, diligencia y de toda cosa buena o mala que sea nuestra; simplemente seamos uno con el Señor en nuestro interior. Debemos entender, comprender y saber con toda certeza que el Señor Jesús está dentro de nosotros como nuestra vida, Señor, persona, Dios, paciencia, humildad, amor, fuerza y como nuestro todo. Luego, debemos detenernos y vivir por Él. Incluso cuando hablemos en las reuniones, debemos tener tal comprensión y práctica. Debemos orar: “Señor, cuando me ponga en pie para hablar, no quiero ser yo quien habla. No seguiré la vieja manera de hablar por mí mismo. Cuando hable, no hablaré yo; más bien, permitiré que Tú hables”. Lo que el Señor desea hoy es obtener un grupo de personas que se conduzcan de esta manera a fin de que ellos puedan ser Sus testigos sobre la tierra.

Al final del Evangelio de Juan, Juan nos dice que el Dios que era en el principio —el cual se hizo carne y quien también es el Espíritu— permanece en nosotros, y nosotros permanecemos en Él. Nosotros y Él, Él y nosotros, estamos unidos como una sola entidad. Él es la vid, y nosotros somos los pámpanos; Él y nosotros somos uno. Nuestro vivir es Su vivir, y Su vivir es nuestro vivir. Nuestro vivir permite que Él viva y se exprese en nuestra vida. Para lograr esto, lo que necesitamos hacer es ir delante del Señor, abrir nuestro ser a Él, detener todo nuestro accionar y decirle: “Señor, ahora veo y entiendo que no se trata de que yo sea bueno o malo; más bien, es cuestión de que Tú vivas en mí y que Tu persona sea expresada en mi vivir”.

El deseo de Dios consiste en lo siguiente: forjarse Él mismo en nosotros a fin de ser nuestra vida y persona, y ser uno con nosotros. Dios ha entrado en nuestro ser a fin de morar en nosotros y ser nuestra persona. Él desea que lo vivamos, es decir, que vivamos por Él, que vivamos con Él y que andemos juntamente con Él. Cada vez que me pongo de pie para hablar por el Señor, interiormente ejercito la fe y digo: “Señor, mientras hablo, Tú hablas en mi hablar. No hablo por mí mismo. No tengo nada que decir en mí mismo; así que cuando hable, Tú habla en mi hablar. Señor, Tú y yo, yo y Tú estamos unidos. Cuando abra mi boca, habla a través de mí, y cuando hable, fluye a través de mí”. Debemos conducirnos de esta manera cuando demos un mensaje así como en nuestro diario vivir. Cada acción llevada a cabo en nuestro vivir debe hacerse en unanimidad con el Señor. Cuando amemos, el Señor debe fluir a través de nuestro amor. Cuando seamos humildes, el Señor debe fluir a través de nuestra humildad. Cada acción que tomemos en nuestro diario vivir debe ser el propio Señor que vive y se expresa a través de nosotros. He hablado acerca de este asunto una y otra vez, pero muchos de nosotros aún no hemos abierto nuestro ser para recibir la gracia del Señor a fin de vivir completamente en esta realidad. Que el Señor tenga misericordia de nosotros y nos despierte de nuestro estupor, para que veamos claramente que no debemos vivir ni accionar en nosotros mismos, sino que el Señor Jesús —el gran Dios que está dentro de nosotros, quien ha llegado a ser nuestra vida, quien se ha revestido de nosotros y quien se

ha unido a nosotros— debe ser quien viva y accione. Nuestro vivir debe ser Su vivir, nuestro hablar debe ser Su hablar y nuestro mover debe ser el Suyo.

DOS COSAS SON NECESARIAS A FIN DE QUE VIVAMOS CON EL SEÑOR

¿Qué tenemos que hacer a fin de llevar esta clase de vida? ¿Qué tenemos que hacer a fin de vivir por el Señor y con Él y permanecer junto a Él? Necesitamos hacer sólo dos cosas. Al mencionarles estas dos cosas, no deseo darles métodos; mi intención es simplemente decirles la manera de llevar esta clase de vida. Primero, debemos estar siempre abiertos al Señor. La manera más fácil de abrirnos al Señor es aprender a abrir todo nuestro ser: nuestro espíritu, nuestro corazón e incluso nuestra boca. Necesitamos aprender a abrir todo nuestro ser e invocar el nombre del Señor, clamando: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús!”. Debemos aprender a abrir nuestro ser al Señor e invocar Su nombre. Ésta es la mejor manera y también la más simple. Esta manera hace que nos reunamos con el Señor y lo toquemos. La mejor manera de reunirnos con el Señor y tocarle no es reflexionar ni meditar en el Señor, sino abrir nuestro ser a Él invocando: “¡Oh Señor Jesús!”. Todos debemos practicar esto un poco en casa. No necesitamos hacer mucho ruido; tampoco necesitamos gritar ni dar alaridos de manera alocada. Simplemente debemos aprender a abrirnos al Señor e invocar Su nombre. La Biblia dice que el Señor es rico para con todos los que le invocan (Ro. 10:12). El Señor es una persona viviente y real; además, Él está dentro de nosotros. Cuando invocamos Su nombre y nos abrimos a Él, tenemos contacto con Él en nuestro interior.

La segunda cosa que debemos hacer, a fin de vivir con el Señor, es tener contacto con la palabra del Señor de una manera apropiada. La manera de hacer esto es orar-leer y comer Su palabra de forma genuina. Comer la palabra del Señor equivale a comer al Señor mismo.

NECESITAMOS VER Y VIVIR ESTA VISIÓN

Todos debemos recibir la visión simple de que el Señor Jesús es el Espíritu todo-inclusivo que mora en nuestro espíritu. Luego, debemos vivir por el Señor al recibir Su suministro, tener contacto con Él y unirnos a Él cada día. Esto requiere que abramos todo nuestro ser a Él desde lo más profundo. Abrirnos al Señor de esta manera es sumamente fácil. Simplemente tenemos que invocar Su nombre y orar-leer Su palabra. Podemos valernos de nuestro espíritu para tener contacto con la palabra, para comer la palabra y para recibir la palabra en nuestro interior. También podemos valernos de la palabra para orar al Señor, para buscarle y para tener comunión con Él. Si cada día y momento a momento tenemos contacto con Él de una manera nueva, recibiendo Su fresco suministro, seremos continuamente refrescados, nutridos, iluminados y suministrados en nuestro interior. Entonces podremos vivir, movernos y andar en Él, en espíritu, todo el tiempo. Esto es lo que el Señor desea.

El Evangelio de Juan tiene veintiún capítulos. Todos estos capítulos en conjunto revelan que el Dios eterno se hizo carne para llegar a ser el Cordero de Dios a fin

de efectuar nuestra redención. Este Evangelio en su totalidad también revela que después de que este Dios entró en la muerte, salió de ella y fue transfigurado como Espíritu vivificante a fin de entrar en nuestro espíritu para vivir y moverse con nosotros. A la luz de esto, lo que debemos hacer es consagrarnos a Él, detener nuestro propio vivir y accionar, y abrirnos a Él invocando Su nombre, comiendo Su palabra y teniendo contacto con Él, de modo que Él nos pueda abastecer y hacer que andemos en novedad de vida. El Señor desea obtener tal grupo de personas sobre la tierra hoy. Si vivimos de esta manera, no sólo seremos personas regeneradas y redimidas, sino que también estaremos en el proceso de ser transformados. Día a día, Él nos infundirá Su propia naturaleza y nos conformará a Su propia imagen. Entonces, un día Él nos introducirá en la gloria y todos seremos edificados juntamente para ser Su expresión sumamente gloriosa.

Espero que nuestros ojos sean abiertos para ver este asunto, y que le abramos nuestro corazón y espíritu al Señor diciéndole: “Señor, me detengo por completo. Tú no sólo eres mi vida, sino también mi vivir. Que mi ser interior tenga contacto contigo momento a momento y que reciba constantemente Tu suministro, de modo que en mi vida diaria Tú y yo vivamos como una sola entidad”.

CAPÍTULO DOS

PONER EN PRÁCTICA VIVIR CON EL SEÑOR

Lectura bíblica: Jn. 21:22; Gá. 2:20a, 4:19; 2 Ti. 4:22a; 1 Co. 6:17; Gá. 5:16, 25; Ro. 8:4

EL MARAVILLOSO SEÑOR ES EL ESPÍRITU EN NUESTRO ESPÍRITU

La Biblia es un libro maravilloso. Es maravilloso porque es un relato sobre nuestro maravilloso Señor Jesús. Como aquellos que creemos en Él, que le amamos, que tenemos comunión con Él y que nos acercamos a Él diariamente, podemos testificar que cuanto más le experimentamos, más percibimos que Él es rico y maravilloso. Él es un misterio que va más allá de nuestro entendimiento. En los dos mil años de historia de la iglesia, innumerables personas han creído en Él, le han adorado y le han seguido; sin embargo, nadie puede describir plenamente quién es Él ni puede experimentarle por completo.

Al leer la historia de la iglesia y las biografías de muchos cristianos famosos, podemos ver que muchos han tenido experiencias asombrosas del Señor Jesús a lo largo de los últimos dos mil años. Hoy en día, cuanto más experimentamos al Señor, más descubrimos que el aspecto más precioso y adorable con respecto a Él es que, si bien es el Señor de toda la creación y el Dios omnipotente, Él ha pasado por el proceso de la creación, la redención, la muerte y la resurrección para llegar a ser el Espíritu vivificante (1 Co. 15:45). Como Espíritu vivificante,

Él no sólo está en el tercer cielo y en nuestro entorno, sino que también está en nuestro espíritu para ser nuestra vida, nuestra naturaleza y nuestro todo. El Señor desea que lo recibamos como nuestra vida, y que vivamos, nos movamos y andemos por Él y con Él.

CARECEMOS DE REALIDAD EN CUANTO A VIVIR CON EL SEÑOR

Por años hemos estado hablando, dando mensajes y publicando libros sobre este asunto; sin embargo, nuestra carga aún no ha sido liberada. ¿Por qué no ha sido liberada nuestra carga? Debido a que este asunto es muy misterioso. Ciertamente, no es algo que se pueda captar con sólo un poco de comprensión superficial. Incluso si dedicáramos toda nuestra vida a ello, aun así no podríamos experimentar plenamente al Señor como Espíritu. La segunda razón por la que nuestra carga no ha sido liberada es que, en cierto sentido, tenemos la tendencia de centrarnos en las cosas externas y no en la vida interior. Debemos agradecerle al Señor que entre nosotros hay muchos hermanos y hermanas que realmente aman al Señor y tienen comunión con Él. También debemos agradecerle al Señor que el testimonio de la iglesia ha sido establecido en muchos lugares. Sin embargo, debemos agachar la cabeza y confesar desde lo más profundo de nuestro ser que aún existe una gran carencia en las iglesias en cada localidad, pues todavía no se manifiesta diariamente la realidad de que vivamos en el espíritu y de que vivamos con el Señor. Tenemos que reconocer que cada uno de los santos en todas las iglesias carece de realidad en cuanto a la experiencia de vivir con el Señor.

Por ejemplo, supongamos que yo vivo con un hermano que es un buen amigo mío. Si realmente considero que es un buen amigo, siempre que tenga el tiempo y la oportunidad, lo saludaré y hablaré con él. Pero si no le hago caso y sólo me ocupo de mis propios asuntos y lo dejo a un lado, ¿qué clase de amigo sería? Si hiciera esto, ciertamente él sentiría que soy muy frío para con él. También pensaría que algo debió haber sucedido entre nosotros y que ya no me cae bien. Probablemente me preguntaría de qué manera me ofendió. Supongamos que yo le respondiera: “¡No me has ofendido! Simplemente he estado demasiado ocupado y cansado, y he tenido muchas cosas que hacer”. Incluso si le explicara con detalle por qué no le había hecho caso, él no creería que sólo se debe a que he estado muy ocupado, porque no hacerle caso a un buen amigo por esa simple razón sería algo irrazonable e insensible.

Todos reconocemos que el Señor Jesús es real, viviente y concreto, que Él está con nosotros y que vive en nosotros, que Él es nuestra vida y nuestro todo y que Él quiere que vivamos por Él y con Él. Puesto que todos admitimos esto, les pregunto: “En las últimas seis horas, ¿cuánto tiempo le hemos prestado atención al Señor Jesús?”. Hemos oído todas las enseñanzas y no necesitamos ninguna enseñanza nueva. Lo que necesitamos es llevar a cabo en nuestro vivir lo que hemos escuchado. Cuanto más considero esto una y otra vez, siento cada vez más que en nuestro vivir diario nada es más real e importante que vivir con el Señor Jesús. Él es el Espíritu todo-inclusivo, y como tal, Él vive en nuestro espíritu y desea que vivamos con Él.

Algunos quizás digan que estoy dando estos mensajes a fin de repasar los temas de invocar el nombre del Señor y orar-leer la Palabra. Tal vez consideren que éstas son lecciones de repaso sobre esos dos asuntos porque todos realmente carecemos verdadera experiencia en cuanto a invocar y orar-leer. Sin embargo, éste no es el caso. Estos mensajes no son lecciones de repaso, sino que les hablo esto para nutrirlos. No se han alimentado lo suficiente en estos últimos años; por tanto, siento que debo ser más práctico y que no debo darles enseñanzas profundas. Mi carga es concentrarme totalmente en darles alimento sustancial y práctico.

Recientemente le pregunté a un hermano si él practicaba vivir con el Señor todos los días. Me respondió que sí ponía esto en práctica, pero que realmente no se ejercitaba de esta manera todos los días. Además me dijo que probablemente sólo se ejercitaba de esta manera por media hora al día. Si una persona sólo respirara por media hora al día, ¿acaso podría sobrevivir? Les doy este ejemplo para mostrarles que todo lo que hacemos hoy en las iglesias en todas las localidades ha llegado a ser una religión. Es cierto que las reuniones, los mensajes, el cantar y el orar son todos medios para contactar al Señor. Sin embargo, cuando todo ello no nos ayuda a tener contacto con el Señor, tales cosas llegan a ser algo que es propio de la religión. El hecho de que una práctica llegue a ser algo propio de la religión no depende de la práctica en sí. No podemos decir que acomodar las sillas en círculo —de modo que nos veamos unos a otros en las reuniones— sea algo religioso, ni que el hecho de que una persona hable desde la plataforma sea algo religioso. Tampoco podemos decir que usted es religioso si no ora y lee la Biblia, ni que usted no es religioso por el hecho de que haga estas cosas. Estas diversas prácticas no son el problema en sí. El hecho de que cierta práctica, tal como leer la palabra, orar, reunirse o cantar, llegue a ser algo religioso o no depende de si tocamos al Señor de manera genuina cuando lo hacemos.

NECESITAMOS REALMENTE PONER EN PRÁCTICA VIVIR CON EL SEÑOR

En el libro de Génesis hay una persona que se llama Enoc. Él anduvo con Dios por trescientos años. Hoy, sin embargo, no sólo andamos con el Señor, sino que también vivimos con Él. Dios estaba fuera de Enoc mientras él andaba con Dios, pero hoy el Señor está dentro de nosotros, y nosotros vivimos con Él. El Señor es nuestra vida y nuestra persona, y nosotros vivimos con Él.

Necesitamos realmente poner en práctica vivir con el Señor, de modo que no sólo vivamos con Él en las reuniones, sino también en nuestra vida diaria: ya sea en nuestro hogar, en la calle o en el trabajo. No sólo debemos recibir esta enseñanza; más bien, debemos ponerla en práctica y vivirla. Debemos prestar atención al Señor Jesús. No debemos dejarlo a un lado. No debemos abandonar al Señor Jesús cuando estemos muy ocupados para luego, dieciocho horas más tarde, darnos cuenta de que lo hemos dejado y entonces orar apresuradamente diciendo: “Señor, perdóname por no acudir a Tí”. Después, tres minutos más tarde, quizás regresemos a nuestra vida ocupada en la que no vivimos al Señor.

La revelación central hallada en la Biblia nos muestra que nuestro Señor, nuestro Dios, lo ha hecho todo. Él pasó por la muerte, entró en la resurrección y, habiéndolo completado todo, ascendió a los cielos. Ahora sólo le queda una cosa que cumplir. Él desea entrar en nosotros para ser nuestra vida, vivir con nosotros y hacer que nosotros vivamos por Él. Hoy, Él está en nosotros de una manera real y práctica. Este Dios glorioso, quien es el Dios Triuno —el Padre, el Hijo y el Espíritu— y Jehová, vive en nuestro espíritu. Ésta no es una mera doctrina, sino un hecho glorioso. Nuestro Salvador, quien es la expresión del gran Dios, hoy está en nuestro espíritu a fin de ser nuestra vida y vivir con nosotros. Lo que necesitamos no es sólo entender esta enseñanza, sino poner en práctica tal vivir. Si amamos al Señor sincera y genuinamente, de ahora en adelante nuestra prioridad máxima deberá ser poner en práctica vivir con el Señor. Todos los santos deben decir: “Señor, ten misericordia de la iglesia en donde estoy. De ahora en adelante no practicaré otra cosa salvo vivir con el Señor”. Debemos tener tal comienzo en nuestra vida personal. La iglesia local en donde estemos también necesita tal comienzo.

NOSOTROS SIMPLEMENTE SOMOS UNA CÁSCARA EXTERNA, Y CRISTO ES NUESTRO CONTENIDO ÚNICO

El Señor Jesús es una persona real y viviente. Él vive exactamente dentro de nosotros. En el invierno muchos usan guantes. Un guante es hecho exactamente conforme a la forma de la mano, excepto que está vacío. El guante es una cubierta exterior. La realidad del guante es la mano. Conforme a la revelación que vemos en la Biblia, todo hombre creado es una cáscara hueca. Nuestra mente, intelecto, voluntad y nuestros sentimientos de alegría, enojo, dolor y placer, son solamente cáscaras. Todos nuestros deseos también son cáscaras. De hecho, nuestra vida entera y todo nuestro ser son sólo una cáscara externa. Pero cuando Dios mismo entra en nosotros, Él viene a ser nuestro contenido así como la realidad de nuestra vida y de nuestro ser. El Dios que entra en nosotros es Jesucristo como Espíritu vivificante. Él es la realidad de Dios. Nosotros somos una cáscara, y Dios desea entrar en nosotros para llenar cada parte de nuestro ser. Primero, Él entra en nuestro espíritu. Luego, Él llena nuestra mente, nuestros sentimientos de alegría, enojo, dolor y placer así como nuestra voluntad y poder. Externamente, somos sólo una cáscara. Cristo debe ser nuestro contenido interior.

Puesto que somos una cáscara, nuestro contenido debe ser Cristo. Él ya ha entrado en nosotros para ser el contenido de nuestro espíritu, así que ahora debemos vivir por Él y con Él cada día. No debemos esperar hasta el último momento, antes de ir a la reunión por la tarde, para orar al Señor diciendo: “Señor, voy a la reunión. Señor, acuérdate de esta reunión, cuida de los hermanos y hermanas y cuídame a mí”. Si no hemos orado durante todo el día, es demasiado tarde para empezar a hacer esta clase de oración. Esta clase de oración es una oración religiosa.

CÓMO PONER EN PRÁCTICA VIVIR CON EL SEÑOR

Puesto que no debemos esperar hasta el último momento, antes de la reunión, para orar, ¿qué debemos hacer entonces? Cuando nos despertamos por la mañana, no es necesario siquiera que nos arrodillemos. Mientras nos cepillamos los dientes, nos lavamos la cara y nos vestimos, podemos comenzar a vivir con el Señor al tener contacto con Él orando: “Señor, ¿qué harás hoy? Señor, ¿cómo me guiarás hoy?”. En el mismo minuto en que nos despertemos, podemos tener contacto con el Señor. La mejor manera de hacer esto es invocar al Señor: “¡Oh Señor! ¡Oh Señor Jesús! ¿Qué quieres que haga hoy? ¿Cómo quieres que viva por Ti hoy? ¡Oh Señor! ¿Cómo me guiarás hoy?”. Si sencillamente nos comunicamos con el Señor de esta manera, poco a poco, a medida que pase el tiempo, adquiriremos la práctica de tener contacto con el Señor. Entonces, cuando estemos pensando sobre algo, diremos: “Señor, necesito usar mi mente. Mi mente es una cáscara vacía. Tu mente es el verdadero contenido. Señor Jesús, ven y piensa por mí. Quiero que tu mente sea mi mente. Oh Señor, piensa acerca de este asunto en mí. Con respecto a este asunto, que Tu mente llene la mía”. Esto es muy claro. Cuando vamos al almacén para hacer las compras, no debemos hablarle al vendedor por nuestra propia cuenta. Debemos decirle al Señor: “Señor, te pido que seas Tú quien hables. Dirígeme mientras hablo”. En todo lo que hacemos debemos permitir que el Señor opere. Cuando necesitemos pensar, debemos permitir que el Señor piense por nosotros. No debemos depender de nuestra propia mente. Cuando estemos a punto de usar nuestra parte emotiva, debemos abrir nuestro ser al Señor y decirle: “¡Señor, entra ahora! ¿Estás contento? ¿Estás triste? ¡Oh Señor Jesús! Mi parte emotiva es tan sólo una cáscara que necesita ser llenada por Ti”. También tenemos que permitir que el Señor entre en nuestra voluntad para llenarla y así Él tome decisiones por nosotros.

INQUIRIR DEL SEÑOR EN TODAS LAS COSAS Y HACERLO TODO CON ÉL

Nuestra mayor carencia hoy es que no nos ejercitamos en vivir con el Señor. Todos necesitamos ejercitarnos de esta manera. Al ir a comprar un traje, debemos decir: “Señor, ¿qué debo hacer en esta situación? ¿Qué clase de tela consideras que debo escoger? ¿Compro un traje de este estilo o de otro estilo?”. Nosotros, los que amamos al Señor y le pertenecemos, somos muy diferentes del resto de las personas sobre la tierra. Los que no aman al Señor ni tampoco son de Él, simplemente son lo que ellos son en sí mismos y nada más. Como tales, ellos están en las manos de Satanás. Sin embargo, nosotros somos diferentes. Nosotros no somos meramente lo que somos en nosotros mismos; antes bien, el Señor Jesús vive con nosotros. Él vive en nuestra mente, parte emotiva y voluntad, en nuestra sabiduría y en todo nuestro ser. Puesto que el Señor está con nosotros y en nosotros, debemos permitirle que viva libremente en nuestro vivir.

Todos tenemos que tomar la decisión de poner en práctica vivir con el Señor. Tomar esta decisión es como firmar nuestro nombre en un contrato. Una vez que hayamos tomado esta decisión, es como si hayamos firmado nuestro nombre. De ese momento en adelante, debemos poner esto en práctica. No es suficiente sólo practicarlo cuando oramos-leemos o cuando asistimos a una reunión. Debemos ponerlo en práctica en nuestro diario vivir. Cuando una hermana le habla a su marido, no debe pensar en su corazón: “Puesto que no estoy hablando con el presidente ni con un juez, sino sólo con mi marido, no importa cómo le hable”. Las hermanas casadas no deben pensar así. Quizás sea cierto que su marido no es el presidente ni un juez, pero el Señor Jesús está dentro de usted en el momento en que usted le habla a su marido. El Señor Jesús tiene una posición más alta que el presidente. Él está dentro de usted como vida, y quiere que usted viva por Él. Así que, cuando esté a punto de hablar con su marido, usted debe inquirir del Señor interiormente. Debe decirle al Señor: “Señor Jesús, ¿cómo hablarías Tú? En esta situación, sé Tú mis pensamientos, mi gozo, mi enojo, mi dolor, mi deleite y mi todo”. Ésta es la manera práctica de ejercitarnos para vivir con el Señor. En todos los asuntos, grandes o pequeños, debemos ejercitarnos en tomar al Señor Jesús como nuestra vida. En esto consiste nuestro destino: vivir por el Señor Jesús momento a momento, vivir constantemente con el Señor.

Cuando estemos a punto de enfadarnos, inmediatamente debemos invocar: “¡Oh Señor Jesús! Estoy a punto de enfadarme. ¡Por favor ven y enfádate Tú!”. Debemos invitar al Señor Jesús a que se enfade en lugar nuestro. Las hermanas a menudo le ponen cara larga a su marido. Así que, de ahora en adelante siempre que estén a punto de poner una cara larga, inmediatamente deben invocar: “¡Oh Señor! ¡Oh Señor Jesús!”. Si queremos que el Señor viva con nosotros, también nosotros tenemos que vivir con el Señor. Además, les sugiero a los hermanos que cuando estén a punto de dar un mensaje, deben ejercitarse para vivir con el Señor, orando: “¡Oh Señor, por favor da Tú este mensaje!”. Nunca más deben dar un mensaje que el Señor Jesús no esté dando, y nunca más deben dar un mensaje con palabras que el Señor mismo, quien está dentro de ustedes, no diría. Tienen que vivir con el Señor. Si el Señor no habla, tampoco ustedes deben hablar.

EJERCITAR EL ESPÍRITU, ANDAR CONFORME AL ESPÍRITU Y SEGUIR AL ESPÍRITU

El Señor usa nuestro espíritu como base. Nuestra experiencia corrobora que podemos expulsar al Señor de nuestra mente, de nuestra parte emotiva e incluso del mensaje que estamos dando. Sin embargo, nunca podremos expulsar al Señor de nuestro espíritu. Él está en nuestro espíritu, y no podemos ahuyentarlo. Éste es un hecho maravilloso. No importa qué ocurra, Él permanece siempre en nuestro espíritu. Quizás entonces algunos me pregunten: “Si el Señor Jesús nunca se va, por qué en ocasiones mi espíritu está deprimido?”. Su espíritu está deprimido porque el Señor Jesús en su espíritu está deprimido. Debemos tener presente que siempre que nuestro espíritu esté abatido, se halla en esa condición porque el Señor Jesús en nuestro espíritu

también está abatido. Él no tiene manera de salir de nuestro espíritu porque lo hemos obligado a estar deprimido.

Al vivir por el Señor, no crean en sus sentimientos ni ejerciten su mente; más bien, ejerciten su espíritu. Dentro de nosotros hay un espíritu. Al principio, un niño no entiende que tiene piernas, pero cuando lo ponen en el suelo, poco a poco él usa sus piernas y comienza a gatear. No es necesario enseñarle a un niño cómo ponerse de pie, ya que con el tiempo él mismo se pondrá de pie afirmándose sobre sus dos piernas. Él aún no entiende lo que son sus piernas, pero sabe usarlas. De la misma manera, no importa lo poco que sepamos sobre nuestro espíritu, aun así, sabemos usarlo. No piensen demasiado y no dejen que sus sentimientos los dirijan, alegrándose cuando estén emocionados y deprimiéndose cuando no lo estén. No deben prestarle atención a estas cosas. Sólo atiendan a su espíritu.

Lo mismo ocurre cuando oramos. Al orar, no debemos prestarle atención a los pensamientos ni permanecer en la mente. Hagamos oraciones rápidas y sencillas, desde nuestro espíritu, emitiendo sólo dos o tres frases que toquen el punto. Cuando muchos hermanos y hermanas oran, ellos siguen y siguen interminablemente, profiriendo oraciones largas, con mucha palabrería y sin dirección alguna. Imagínense que ustedes sean el Señor y tengan que escuchar esta clase de oraciones. ¿Acaso no se les agotaría la paciencia? En lugar de depender de mucha palabrería, oren por el espíritu. Al orar, no cuenten historias ni expliquen doctrinas. Si sienten que el Señor es precioso, sencillamente digan: “Señor, eres muy precioso. Te amo”. Eso es suficiente; no es necesario decir más.

He descubierto que algunos de ustedes tienen una nueva manera de cantar. Escogen un solo himno, y después lo oran-cantan estrofa por estrofa. No los critico ni los corrijo. Solamente quisiera decirles que no debemos usar ningún método al cantar. Todo asunto y todas las personas deben estar en conformidad con el espíritu, sin método establecido. Quizás hoy cuando cantemos un himno, oremos-leamos todo el himno. Pero quizás mañana, al cantar el himno, no oremos-leamos en absoluto. Cantar los himnos debe ser algo viviente; no debe hacerse según cierto sistema establecido. Esto no significa que debemos aprender diferentes maneras de cantar, pues dichas maneras también pueden llegar a ser métodos establecidos. Cada uno de nosotros debe aprender a vivir en nuestro espíritu con el Señor. Si todos vivimos con el Señor, no habrá necesidad de tener método alguno para escoger los himnos, cantarlos u orar-leer.

Es más cómodo llevar nuestra vida diaria solos. Por ejemplo, a una señorita joven puede serle muy conveniente vivir y andar por sí misma. Pues, una vez que se case, su vida como persona casada puede llegar a ser más difícil. El marido tiene su manera de ser, y la esposa tiene la suya. Toda persona casada tiene que vivir diariamente con otra persona. El vivir que lleva nuestro Señor con nosotros es aún más complicado que la vida matrimonial que llevan los cónyuges, ya que el Señor vive dentro de nosotros. No importa cuán cerca esté su marido, él no puede vivir dentro de usted, ni tampoco puede ser su vida ni su persona. Sin embargo, nuestro Señor vive en nosotros con miras a ser nuestra persona. Por consiguiente, tenemos que ejercitarnos para cultivar el hábito de acompañar al Señor, en lugar de que sea Él quien nos acompañe a nosotros.

El Señor le dijo a Pedro: “Sígueme Tú” (Jn. 21:22b). Cuando el Señor dijo esto, Él ya estaba en resurrección, y poco después, ascendió a los cielos. Una vez que el Señor ascendió a los cielos, ¿cómo podría seguirlo Pedro? Pedro podía seguir al Señor porque el Señor no sólo ascendió a los cielos, sino que también entró en Pedro. ¿Cómo seguimos al Señor hoy? Alguien me dijo una vez: “La manera de seguir al Señor es hacer todo lo que el Señor hizo. Él nos dejó un modelo”. Gradualmente, descubrí que esa es la manera religiosa de proceder. Hoy, el Señor vive en nuestro espíritu; por tanto, cada vez que Él se mueva en nuestro espíritu, nosotros sencillamente debemos seguirle. Ésta es la manera de seguir al Señor.

Usted y yo ya no estamos solos. Esta Persona maravillosa vive en nosotros para ser nuestra vida y nuestra persona. Él quiere que nos hagamos a un lado totalmente y que vivamos por Él. Nuestra mente debe llenarse de Su mente, y nuestras emociones deben llenarse de Sus emociones. Él desea que todo nuestro ser y todo nuestro vivir se llenen de Su elemento. Él puede compadecerse de nosotros, pero no desea seguirnos a nosotros. Así que, debemos aprender de Él y seguirle. Él está en nuestro espíritu; por tanto, tenemos que aprender a liberar nuestro espíritu, ejercitar nuestro espíritu, usar nuestro espíritu y volvernos siempre a nuestro espíritu. Siempre que nos volvemos a nuestro espíritu, tocamos al Señor, pues el Señor está allí. Espero que los hermanos y hermanas no tomen esto sólo como una mera enseñanza; antes bien, espero que se comprometan a ejercitarse, a poner en práctica, vivir con el Señor.

INVOCAR EL NOMBRE DEL SEÑOR SIN CESAR

Según mi experiencia, les sugiero que si desean vivir por el Señor, deben invocar el nombre del Señor sin cesar. Deben invocar el nombre del Señor continuamente. No hay otra manera aparte de ésta. No piensen que invocar el nombre del Señor es algo que carece de importancia. El nombre del Señor es real, pues Su nombre denota Su persona. Si cierto hermano está muerto o no está presente, será inútil que yo invoque su nombre. Pero si tal hermano es real, vive y está presente, entonces cuando llame su nombre, él vendrá enseguida. Jesús es el nombre de nuestro Señor, y el Espíritu es Su persona. Cuando invocamos: “Señor Jesús”, el Espíritu está aquí. ¿Queremos recibir al Espíritu vivificante? Sólo tenemos que invocar: “¡Oh Señor Jesús!”. Cuando invocamos, Él viene.

Quizás usted diga que esto es superstición. Si usted cree eso, entonces, invoquemos a los filósofos. Digamos: “¡Oh Platón! Oh Sócrates, ¿dónde estás? ¡Oh Confucio, te amo!”. Usted quizás ame a estas personas e invoque sus nombres, pero ellas no responderán. Pero si usted de forma sencilla invoca: “¡Oh Señor Jesús!”, misteriosamente se llenará de sensación en su interior. Cuanto más invoque, más sensación tendrá. ¿A qué se debe que cuando usted invoca a un filósofo o a un sabio, no tiene sensación alguna por dentro, pero cuando invoca al Señor Jesús, sí la tiene? Esto se debe a que todos los filósofos están muertos y no están aquí. El Señor Jesús es el único que murió pero que aún está vivo. Él es real y viviente y podemos experimentarlo. Él está aquí, e incluso Él está en nuestro interior. Cuando invocamos Su nombre, nuestro

espíritu es liberado. Sin embargo, no todas las maneras de invocar son iguales. Si permanecemos en la mente a la vez que invocamos con la boca: “¡Oh Señor Jesús!”, nada sucederá. Cuando encendemos ciertos interruptores eléctricos, la corriente eléctrica fluye inmediatamente, pero al encender otros interruptores eléctricos, la corriente eléctrica no fluye. Esto es un ejemplo de que no todas las maneras de invocar son iguales. Nunca considere que invocar al Señor es una superstición; más bien, es una realidad espiritual. Nuestro Señor hoy es el Espíritu dentro de nuestro espíritu. Cuando invocamos desde nuestro espíritu: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús! ¡Te amo!”, experimentamos tal dulzura en nuestro interior. Incluso al leer la Biblia, no debemos valernos de los pensamientos de nuestra mente; más bien, al leer simplemente invoquemos: “Oh Señor Jesús”, y así seremos refrescados interiormente. Ésta es la manera de invocar el nombre del Señor y de orar-leer Su palabra. Espero que todos los hermanos y hermanas pongan en práctica vivir con el Señor diariamente. En todas las iglesias, todos los hermanos y hermanas deben ser guiados a experimentar esta práctica de vivir con el Señor.

CAPITULO TRES

VIVIR CON EL SEÑOR AL AMARLE

Lectura bíblica: Jn. 14:23; 1 Jn. 2:27-28; Ef. 3:16-19

VIVIR CON EL SEÑOR ES UNA HISTORIA DE AMOR

Vivir con el Señor no es cuestión de coerción. La práctica de vivir con el Señor se lleva a cabo conforme al mismo principio que rige la vida matrimonial, la cual no se basa en la coerción sino en el amor. Es verdaderamente doloroso que dos personas vivan juntas sin experimentar la dulzura del amor y sin mantener vivo el amor. La Biblia también compara nuestro vivir con el Señor al vivir de un marido y su esposa que se aman. Nuestro Amado es el Señor Jesús, a quien amamos, y nosotros somos los que le aman. Estamos unidos a Él por la dulzura del amor. De los sesenta y seis libros de la Biblia, uno de ellos —el Cantar de los cantares— habla exclusivamente acerca de la relación amorosa que existe entre el Amado y los que le aman. De principio a fin, el Cantar de los cantares habla de llevar una vida de amor y de atracción mutua con el Señor.

En Juan 14:23 el Señor dice: “El que me ama...”. Todas las religiones, incluyendo el cristianismo, recalcan que debemos respetar a Dios y temerle. Ellos afirman que Dios es alguien que infunde temor, así que el hombre debe temerle. Otras religiones también hablan de adorar a Dios. Estas religiones afirman que, debido a que Dios es grande y ocupa una posición exaltada, el hombre debe adorarle. La religión enseña estas dos cosas principalmente: temer a Dios y adorarle. Sin embargo, las palabras del Señor Jesús no hacen énfasis en el temor, en la adoración ni tampoco en la veneración a Dios. La veneración es la actitud que una persona inferior manifiesta hacia alguien superior. En lugar

de enfatizar estas cosas, el Señor Jesús habló sobre el amor. El amor es algo que se comparte entre dos personas que tienen la misma posición y que están en el mismo nivel. El amor entre un marido y su esposa es un amor que existe entre dos personas iguales. En tal relación, no puede haber uno más alto y otro más bajo, ni uno superior y otro inferior. El Señor Jesús no dijo: “El que me venera”, “El que me adora” o “El que me teme”. El temor, la adoración y la veneración tienen que ver con la religión. Nuestro Señor no es una religión ni un simple objeto de adoración. Él es una Persona viviente.

Nuestro Señor es el Dios que siempre vive y el Soberano todopoderoso del universo. Ciertamente, Él es Dios, pero este Dios se hizo carne, se vistió de humanidad y tomó nuestra naturaleza. Él, como hombre, murió y resucitó, y hoy todavía posee Su humanidad, una humanidad resucitada. Él aún sigue siendo Jesús, el Hijo del Hombre. Por tanto, en 1 Timoteo 2:5b dice: “Cristo Jesús hombre”. Hoy nuestro Dios —el Señor del universo y nuestro Salvador— sigue siendo un hombre. Aunque Él llegó a ser el Espíritu vivificante, aún posee la naturaleza humana. Por tanto, Él puede hablarnos sobre el amor, algo que se comparte entre dos personas que tienen la misma posición. Él dice: “El que me ama”. Al leer este pasaje de la Biblia, quizás no valoremos la palabra *amor*. Debemos darnos cuenta de que el amor del que se habla aquí es algo más que veneración, temor o adoración. Este amor es algo que comparten dos personas que están en el mismo nivel. Somos humanos, y Él también es humano. Tenemos la naturaleza humana, y Él también se ha vestido de la naturaleza humana. Él ha venido a nuestro nivel. Él no se encuentra en una posición más elevada que la nuestra; más bien, está delante de nosotros, en nuestro nivel, diciéndonos: “El que me ama”.

Después que el Señor resucitó de entre los muertos, inmediatamente fue a buscar a Pedro, aquel que lo negó en Su presencia. La noche en que el Señor Jesús fue traicionado, Pedro estaba sumamente confiado en que seguiría al Señor. Sin embargo, cuando vino la hora de la prueba, Pedro negó al Señor tres veces en Su presencia (Lc. 22:55-61). Poco después de esto, el Señor Jesús fue crucificado y luego resucitó. Después de que el Señor resucitó, un ángel le dijo a María Magdalena y a otras dos hermanas: “Id, decid a Sus discípulos, y a Pedro” (Mr. 16:7). Pedro abandonó al Señor, pero el Señor no se olvidó de Pedro. Creo firmemente que después de que Pedro negó al Señor, lo lamentó sobremanera y se dijo a sí mismo: “¿Cómo pude haber negado al Señor tres veces?”. Sin embargo, en ese momento, cuando Pedro se sentía así, María vino y le dijo: “¡Pedro, el Señor quiere que le diga algo a los hermanos, y a ti!”.

En Juan 21 el Señor se manifestó a los discípulos. Mientras se manifestaba a ellos, Él encontró el tiempo para hablar con Pedro cara a cara. Le preguntó a Pedro tres veces: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” (vs. 15-17). Creo que el Señor le preguntó esto tres veces porque Pedro había negado al Señor tres veces. Tal parece que el Señor estuviera diciendo: “Tú me negaste tres veces, diciendo: ‘¡No! ¡No! ¡No!’”. Ahora permíteme preguntarte también tres veces: ‘¿Me amas? ¿Me amas? ¿Me amas?’”. Primero, el Señor le preguntó a Pedro: “¿Me amas más que éstos?”. Luego, le preguntó: “¿Me amas?”. Y la tercera vez le preguntó otra vez: “¿Me amas?”. A Pedro le fue muy difícil responder a estas preguntas. Apenas unos días antes él había negado al Señor, así que ¿cómo podía ahora decir: “Sí, Señor, realmente te amo”? No obstante, él tampoco podía decir:

“Señor, no te amo”. Probablemente Pedro pensó: “Si digo que no amo al Señor, mentiría. Lo amo, pero mi amor hacia Él es muy pobre. ¿Cuál es mi verdadera situación? ¡Sólo el Señor sabe si lo amo en verdad o no!”. Por tanto, Pedro respondió al Señor, diciendo: “Señor, Tú sabes que te amo”.

TODA PERSONA SALVA TIENE UN CORAZÓN PARA AMAR AL SEÑOR

Ahora yo le pregunto a usted: “¿Ama al Señor?”. Creo que, tal como Pedro, muchos hermanos y hermanas le dirían al Señor: “Señor, Tú sabes que te amo”. Todo creyente tiene un corazón para amar al Señor. ¿Cómo sabe usted que ha creído en el Señor Jesús y que Dios lo ha aceptado? ¿Cómo sabe que el Señor vive en usted? ¿Cómo sabe que usted es uno con el Señor? No podemos saber estas cosas al tocar al Señor de forma externa. Con frecuencia oímos que los santos dicen: “Cuando creí en el Señor, toqué al Señor. Cuando creí en el Señor, gané al Señor. Desde que creí en el Señor, el Señor ha estado conmigo. Desde que creí en el Señor, Él nunca me ha dejado”. Como resultado de oír tales declaraciones y de entenderlas conforme al intelecto humano, algunos esperan poder tocar al Señor Jesús de forma externa. Esto, sin embargo, es el entendimiento humano, el concepto humano. El Señor Jesús es el Espíritu vivificante. Él es un misterio.

El Espíritu es un misterio, pero hay varias cosas que nos muestran qué es el Espíritu; una de ellas es la electricidad. La electricidad es muy práctica y es una parte esencial de la vida moderna, pero no podemos verla ni tocarla. Otro misterio es nuestra vida física. Nadie jamás ha podido definir cabalmente qué es la vida. Ya que tenemos vida dentro de nosotros, podemos hablar y movernos. Sin embargo, cuando una persona muere, aunque todas sus partes internas aún permanecen dentro de él, tal persona ya no puede desempeñar función alguna. Mediante la muerte cesan todas las funciones de la vida humana. Cuando alguien muere, ¿a dónde va su vida? Es difícil saberlo. La vida es un misterio. Por tanto, la Biblia revela que nuestro Señor es vida para nosotros. Él es nuestra vida —real, práctico y todopoderoso—, pero no podemos tocarlo. Aunque no podemos palpar la vida de forma física, su presencia es perceptible. Si estoy delante de usted, ¿necesito decirle que estoy vivo? No, porque cuando usted me ve, sabe que estoy vivo. De la misma manera, ¿cómo sabemos que hemos creído en Jesús y que somos salvos, y cómo sabemos que Jesús está en nosotros? Lo sabemos porque hemos sido avivados por dentro. Hay algo en nosotros que no podemos erradicar. Yo fui salvo cuando era joven. Después de haber sido salvo, siempre que oía a alguien hablar en forma negativa sobre Jesús, me entristecía mucho. Más tarde entendí que esto demostraba que el Señor Jesús había entrado en mí.

Externamente, quizás parezca que usted no ama mucho al Señor, pero en lo más profundo de su ser, usted siente que el Señor es dulce y agradable. Tal vez usted aún no sepa cómo amar al Señor y, según su percepción interna, no sienta que lo ama. Sin embargo, hay un sentir en lo profundo de su ser que le dice que Jesús

es bueno, y cada vez que piensa en Jesús, siente que Él es bueno y agradable. Si hay tal sentir en su interior, esto comprueba que usted es una persona salva.

Tal vez diga: “Hermano Lee, no trate de engañarme. Si soy salvo como usted dice, ¿por qué me sigue gustando jugar mah-jong e ir a la ópera china? Ciertamente, no soy salvo”. Aunque no le animo a que participe en esas cosas, yo le respondería que ello no me preocupa. Sólo le pregunto si siente en su interior que Jesús es bueno. Cuando alguien menciona a Jesús, ¿tiene usted la sensación interior de que Él es de su agrado? ¿Siente que Jesús es digno de ser amado? Incluso es posible que mientras juega mah-jong, mientras sus dedos tocan las piezas, surja este pensamiento en usted: “Jesús es bueno”. También es posible que mientras está en la ópera china, mientras el escenario se llena de cosas emocionantes, surja una afirmación dentro de usted: “Jesús es realmente bueno”. Además, no importa cuánto intente eliminar tal sentir, no puede hacerlo. El hecho de que sienta en su interior que Jesús es bueno, comprueba que usted es salvo.

EL SENTIR QUE TENEMOS DE QUE EL SEÑOR ES DIGNO DE SER AMADO AUMENTA CUANTO MÁS EXPRESAMOS NUESTRO AMOR POR EL SEÑOR

Espero que el sentir de que Jesús es bueno esté creciendo dentro de usted todos los días. No es necesario tomar la decisión de dejar el mah-jong o la ópera china. Lo único que tiene que hacer es decir diariamente: “¡Jesús es bueno; Jesús es realmente bueno! Aunque estoy aquí jugando mah-jong, Jesús es mejor que el mah-jong. ¡Jesús es realmente bueno!”. Si usted proclama esto cada vez más todos los días, para cuando lo haya dicho centenares de veces, ya no jugará mah-jong ni irá a la ópera. Simplemente dejará esas cosas, porque Jesús es mejor, y porque Él es adorable, digno de ser amado.

Queridos hermanos y hermanas, por favor no consideren que es supersticioso decir tal cosa. Comencé a escuchar sermones en el cristianismo cuando era muy joven, y aunque he oído muchos de ellos, nunca me dijeron claramente que tenemos que confesar: “¡Jesús es bueno! ¡Jesús es tan bueno! ¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús! ¡Señor, eres tan bueno!”. Entonces un día, cuando compilaba el himnario, encontré un himno que dice: “¡Jesús, Jesús, Oh mi Señor! / Yo amo repetir / Tu Santo nombre por amor / Mil veces hacia Ti” (*Himnos, #95*). Esta estrofa me tocó profundamente. Le dije al Señor: “Oh Señor, realmente lo lamento. He sido salvo por muchos años, pero nunca he dicho Tu nombre mil veces en un día”.

Algunos dicen que invocar: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús!” es casi lo mismo que hacen los budistas cuando repiten “Amitabha”. Sin embargo, la verdad es que cuanto más los sacerdotes y las monjas budistas repiten “Amitabha”, más vemos que sus rostros están abatidos, sus frentes arrugadas y sus semblantes afligidos. Incluso las habitaciones de los sacerdotes y monjas

budistas son oscuras y lúgubres. Cuando entran en ellas, no pueden ver nada. Pero invocar el nombre del Señor es absolutamente diferente de las letanías que repiten los budistas. Cuando usted dice: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús! ¡Eres tan bueno!” desde la mañana hasta la noche, su cara entristecida se vuelve sonriente, su rostro abatido se torna animado y su frente arrugada se relaja, sus arrugas disminuyen e incluso su habitación se llena de calidez. ¡Qué sorprendente es esto! ¿Por qué existe tal contraste entre invocar al Señor y repetir letanías budistas? Se debe a que cuando los budistas repiten “Amitabha”, vienen los demonios. Cuanto más dicen “Amitabha”, más demonios hay, y los demonios son seres lúgubres. Sin embargo, cuando nosotros decimos: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús! ¡Eres digno de ser amado!” el Señor Jesús viene, y cuanto más invocamos, más Él viene. El Señor Jesús es la realidad de todas las cosas positivas en el universo. Así que, cuando Él viene, lo tenemos todo.

Todos los que han visto un diamante llegan a amarlo, porque los diamantes son adorables. Pero si usted me trae un puñado de tierra, ¿cómo espera que ame eso? Quizás esté realmente dispuesto a amarla, pero no podría, porque esa tierra no es digna de ser amada. Amamos al Señor Jesús, pero no porque sepamos cómo amarlo, sino porque Él es realmente adorable, digno de ser amado. Ésta es la razón por la que millones de personas valoran el nombre de Jesús. Siempre que se menciona el nombre de Jesús, hay una sensación de dulzura y de amor dentro de ellas. Quizás pensemos que sólo los niños pequeños invocan al Señor, pero incluso yo, un hombre mayor, de más de setenta años, todos los días digo en voz alta: “Amo al Señor Jesús”. Nuestro Señor Jesús es tan maravilloso.

AMAR AL SEÑOR REDUNDA EN VIVIR CON EL SEÑOR

¿Amamos al Señor Jesús? Puesto que lo amamos, debemos vivir con Él. Supongamos que hay un hermano que no se ha bañado en tres días, y su cuerpo huele mal. Si éste fuera el caso, sería difícil amarlo y vivir con él. A fin de que dos personas vivan juntas, deben amarse mutuamente, y para amarse uno al otro, deben inspirarse amor mutuamente. Nuestro Señor Jesús es realmente adorable, digno de ser amado. Anteriormente, no éramos adorables, pero el adorable Jesús nos ha hecho adorables. Así que, ahora no sólo Jesús es adorable, sino que también ha hecho que todos los que le aman sean adorables.

Sé que esto es cierto. He visto personas que eran grandes pecadores. Antes de ser salvos, eran como monstruos. Pero un día creyeron en el Señor e invocaron: “¡Oh Señor Jesús!”. Después de dos o tres días de haber creído en el Señor, llegaron a ser adorables. La hermosura de Jesús los hizo adorables. Este ejemplo nos muestra que usted llegará a ser adorable si ama a Jesús. Además, el hecho de que usted ama a Jesús y que usted ha llegado a ser adorable, produce un resultado. Debido a que Él es adorable y usted ha llegado a ser adorable, y puesto que Él lo ama a usted y usted lo ama a Él, el resultado es que ambos vivirán juntos. Debido a que se aman mutuamente, desearán vivir juntos todo el día. Puesto que Él es verdaderamente adorable y usted lo ama, deseará verlo con frecuencia y vivir con Él. Él es la vida de usted, y usted es la imagen de Él. Usted

y Él, Él y usted, llegarán a ser uno solo. Él lo ama a usted, y usted lo ama a Él, así que ambos vivirán juntos.

En Juan 14:23 el Señor Jesús dijo: “El que me ama, ... Mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él”. El Señor no dice que el Padre y el Hijo nos visitarán sólo para decir “hola”; más bien, Él dice que Ellos harán morada con nosotros. El hecho que el Padre y el Hijo hagan morada con nosotros significa que Ellos vivirán, andarán y actuarán juntamente con nosotros. Es realmente asombroso que el Señor dijera: “El que me ama, ... Mi Padre le amará”. Nuestro amor por Él no es el amor de alguien que está en una posición inferior y ama a alguien que está en una posición superior, y Su amor hacia nosotros no es el amor de alguien que está en una posición superior y ama a alguien que está en una posición inferior. Nuestro amor por Él y el amor de Él por nosotros, es un amor que comparten dos personas que están en la misma posición. Ésta es la vida cristiana.

¿Qué resulta de dicho amor? Lo que resulta es una vida en la que vivimos con el Señor. La vida cristiana es una vida en la que vivimos con el Señor y una vida en la que el Señor vive con nosotros. Finalmente, viviremos junto con el Señor hasta tal grado que cuando le digamos: “¡Señor, vamos juntos al cine!”, podremos percibir que Él dice: “¡Yo no voy!”. Y no sólo tendremos el sentir de que el Señor no quiere ir, sino que nosotros también diremos: “Señor, ¿no quieres ir? Puesto que no quieres ir, entonces yo tampoco iré. ¿Qué quieres hacer entonces?”. Quizás le digamos al Señor: “Señor, están jugando mah-jong en la casa del señor Lee, pero les falta una persona. ¿Podemos ir a jugar mah-jong?”. Y cuando el Señor diga: “¡No!”, entonces no iremos. Sin embargo, cuando haya una reunión especial del evangelio, podemos decirle al Señor: “Señor, esta noche hay una reunión especial en el estadio. ¿Quieres que vayamos?”. Entonces, cuando el Señor diga: “¡Sí, vamos!”, nosotros diremos: “Está bien, Señor. Vamos juntos”. En esto consiste vivir con el Señor. Nosotros le decimos: “Señor, no me he cortado el pelo en cuatro semanas, ¿debo cortarme el pelo hoy?”. Entonces, si el Señor dice: “¡Sí!”, nosotros diremos: “¿A qué peluquería debo ir?”. En esto consiste la vida cristiana.

EL ESPÍRITU NOS FORTALECE, CRISTO HACE SU HOGAR EN NOSOTROS Y DIOS NOS LLENA

Debemos ver que la vida cristiana no es cuestión de cultivar el yo, de mejorarnos a nosotros mismos ni de otra cosa, salvo amar al Señor y permitir que Él viva con nosotros. El Señor desea vivir con nosotros, pero la pregunta es si nosotros lo amamos y lo apreciamos. Ésta es la razón por la que Pablo oró al Padre en Efesios 3:16, diciendo: “Para que os dé, conforme a las riquezas de Su gloria, el ser fortalecidos con poder en el hombre interior por Su Espíritu”. Pablo no oró para que fuéramos prósperos, para que nuestro negocio tuviera éxito o para que todo nos saliera bien; más bien, él oró para que fuésemos fortalecidos en el hombre interior. Cuando nuestro hombre interior, nuestro espíritu regenerado, es fortalecido, éste se abre completamente, y cuando nuestro espíritu está abierto, el Señor puede llenarnos y extenderse desde nuestro espíritu a cada

parte de nuestro corazón, que incluye nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Ésta es la manera en la que Cristo hace Su hogar en nuestros corazones (v. 17); lo hace al llenar nuestro espíritu y tomar posesión de nuestro corazón.

¿Amamos al Señor? Debemos agradecerle al Señor que sí lo amamos. No obstante, aunque lo amamos, no le hemos dado suficiente espacio en nuestra mente. El Señor aún sigue parado frente a una puerta cerrada y no puede entrar. Y nosotros seguimos resguardando nuestro corazón, sin dejarle entrar. Es como si le dijéramos al Señor: “Señor, por favor, no entres. No entres en mi mente. Está cerrado el paso. Quédate sólo en mi espíritu”. Quizás ésta sea nuestra condición. Nuestro espíritu puede ser como una sala en la cual le hemos pedido cortésmente al Señor Jesús que permanezca allí. Sin embargo, después de algún tiempo, la sala de nuestro espíritu se vuelve una cárcel. Encarcelamos al Señor en nuestro espíritu y no le permitimos dar ni un paso fuera de nuestro espíritu. Por tanto, necesitamos que el Espíritu fortalezca nuestro hombre interior por Su poder, haciendo que nuestro espíritu sea fuerte.

¿Cómo permitimos que el Espíritu fortalezca nuestro hombre interior por Su poder? La manera directa de hacer esto es invocar: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús! ¡Te amo! ¡Oh Señor Jesús, te amo!”. Después de habernos ejercitado así por cinco o diez minutos, la parte más fuerte de nuestro ser será nuestro espíritu, y entonces nuestro espíritu fortalecido estará lleno del Señor Jesús. Además, ahora el Señor Jesús tendrá la manera de extenderse de nuestro espíritu a nuestra mente, parte emotiva y voluntad. A medida que invocamos: “¡Oh Señor Jesús! ¡Oh Señor Jesús!” , paso a paso nuestro espíritu se llenará de Él, y surgirá un sentir en nosotros, el cual nos hará comprender que no le hemos permitido al Señor tomar posesión de nuestra mente, de nuestra parte emotiva y de nuestra voluntad, y que no le hemos permitido quitarnos nuestras opiniones. Si continuamos invocando: “¡Oh Señor Jesús!” , el Cristo que mora en nuestro espíritu gradualmente llenará nuestra mente, parte emotiva y voluntad. Podremos comprobar esto por nuestra experiencia. Finalmente, después de uno o dos días, de una semana o de un mes, el Señor poseerá todo nuestro ser. Ésta es la manera en que Cristo hace Su hogar en nuestro corazón.

Al ser fortalecidos en nuestro hombre interior invocando al Señor, experimentaremos la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del universo (v. 18). Descubriremos que esta anchura, longitud, altura y profundidad, son el propio Señor Jesús. La anchura, la longitud, la altura y la profundidad son todos infinitos, y estas medidas infinitas corresponden al Señor Jesús. La anchura es el Señor Jesús, la longitud es el Señor Jesús, la altura es el Señor Jesús, y la profundidad también es el Señor Jesús. Descubriremos que la paciencia del Señor no tiene fin. Nuestra paciencia a lo máximo tiene doce pulgadas de longitud. Si alguien nos ofende dos pulgadas, podemos ser pacientes. Si alguien nos ofende cuatro pulgadas, podemos estirar la goma elástica de nuestra paciencia. Si alguien nos ofende ocho pulgadas, todavía podemos estirla un poco más. Si alguien nos ofende doce pulgadas, habremos estirado nuestra paciencia al máximo. Pero si alguien nos ofende dos pulgadas más, la goma elástica se romperá. Muchas esposas son pacientes con sus maridos de esta manera: dos pulgadas hoy, otras dos pulgadas mañana, dos pulgadas más la próxima semana, e incluso dos pulgadas más la siguiente semana. La paciencia de ellas se estira poco a poco, hasta que finalmente la

goma elástica se rompe. Entonces comienzan a lanzarle cosas a su marido. En esto consiste nuestra paciencia. Pero la paciencia del Señor Jesús es capaz de rodear la tierra. La paciencia del Señor es infinita.

También nos daremos cuenta de que nuestro amor es demasiado superficial y que el amor del Señor es infinitamente profundo (v. 19). Incluso no podemos precisar cuán profundo es Su amor. Cuanto más lo amamos, más descubrimos que Su amor es infinito. Cuanto más lo amamos, más descubrimos que Sus atributos son infinitos. Y cuanto más lo amamos, más nos damos cuenta de que Su compasión hacia los hombres es infinita. Descubriremos que la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del universo son el Señor Jesús mismo. Tal como estas cuatro dimensiones —la anchura, la longitud, la altura y la profundidad— son infinitas, así también nuestro Señor Jesús es infinito. Él es infinitamente ancho, infinitamente largo, infinitamente alto e infinitamente profundo. Cristo mismo es las dimensiones del universo.

Invocar al Señor también hará que seamos arraigados y cimentados en amor y que gustemos del amor de Cristo que excede a todo conocimiento (vs. 17, 19). Nos sumergiremos en el océano de Su amor. Su amor infinito nos inundará totalmente, y seremos arraigados y cimentados en este amor. En tal coyuntura, seremos llenos de todo lo que Dios es y tiene. Experimentamos todas estas cosas, no por medio del buen comportamiento, de cultivarnos el yo o de mejorarnos a nosotros mismos, sino al amar al Señor Jesús y permitir que Él tome completa posesión de nuestro ser interior a fin de que seamos totalmente llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios. La última estrofa de *Himnos*, #215 corresponde a este pensamiento. Las primeras dos líneas de esta estrofa dicen: “Tu Espíritu me impregnará, / Saturando Dios cada parte”.

La vida cristiana no es cuestión de hacer el bien, de enmendarnos, de cultivarnos ni de mejorarnos a nosotros mismos, sino, más bien, de mezclarnos con el Dios Triuno como una sola entidad. Dios, como el Espíritu, nos fortalece en nuestro hombre interior a fin de que Cristo haga Su hogar en nuestros corazones. El resultado de esto es que somos llenos hasta la medida de toda la plenitud de Dios. El Espíritu nos fortalece, Cristo hace Su hogar en nosotros y Dios nos llena. Como resultado, todo nuestro ser es poseído por el Dios Triuno. Somos llenos del Señor Jesús y de la presencia de Dios. Esto es glorioso; ésta es la vida cristiana.

INVOCAR EL NOMBRE DEL SEÑOR Y SER SALVOS

Estas cosas no deben ser sólo enseñanzas entre nosotros. Queridos hermanos y hermanas, todos debemos recibir esta luz y sumergirnos en este fluir. Debemos vivir conforme al sentir de la dulzura del Señor Jesús que se esconde en lo profundo de nuestro ser. ¿Acaso no sentimos que el Señor Jesús es dulce? Si es así, debemos invocar Su nombre más y más. La Biblia revela esta manera sencilla de proceder. La Biblia dice: “El mismo Señor es Señor de todos y es rico para con todos los que le invocan; porque ‘Todo aquel que invoque el nombre del Señor será salvo’”. (Ro. 10:12b-13). Si quieren ser salvos, invoquen el nombre del Señor. No digan: “Hermano Lee, ya soy salvo”. Aunque serán salvos

por la eternidad, aún no han sido salvos de su mal genio, de su yo, de su vejez y del mundo. Aún necesitan ser librados de todas estas cosas. Necesitan experimentar más la salvación. Invoquen el nombre del Señor y serán salvos. Si están dispuestos a invocar: “¡Oh Señor Jesús, te amo! ¡Señor Jesús, eres tan maravilloso!”, entonces serán salvos.

¿Cómo podemos disfrutar de la salvación del Señor? ¿Cómo podemos permitir que el Señor lleve a cabo Su salvación en nosotros? La manera consiste en abrirnos al Señor, y la manera de abrirnos al Señor no radica en considerar con la mente cómo abrirnos al Señor. Cuanto más consideramos cómo abrir nuestro ser al Señor, más cerrados llegamos a estar. En vez de pensar, debemos olvidarnos de nuestros pensamientos y ejercitar nuestro espíritu para invocar el nombre del Señor desde lo más profundo de nuestro ser: “Oh Señor Jesús, te amo. Oh Señor Jesús, te amo. Estoy dispuesto a entregarme a Ti, como Tú te has entregado a mí. ¡Señor, te amo!”. Al invocar Su nombre, nuestro espíritu se abrirá a Él. Entonces Él llevará a cabo Su salvación en nosotros, y nosotros viviremos con Él, en Él y por Él. Además, Él saturará y empapará todo nuestro ser de modo que todas las partes de nuestro ser lleguen a ser Él. En esto consiste la vida cristiana.

CAPÍTULO CUATRO

RECIBIR LA ABUNDANTE SUMINISTRACIÓN DEL ESPÍRITU A FIN DE CRECER, SER TRANSFORMADOS Y SER CONFORMADOS

**Lectura bíblica: Ro. 12:1-2; Ef. 4:22-24; 2 Co. 3:18; Ro. 8:29; 11:17;
Fil. 1:19; Jn. 6:57**

LA SALVACIÓN QUE DIOS EFECTÚA ES UNA LIBERACIÓN INTERIOR

El aspecto más maravilloso de la salvación que el Señor efectúa consiste en que Él se forja en nosotros. El Señor no nos salva de forma externa, sino que nos salva al entrar en nosotros. Él no sólo entra en nosotros, sino que también se mezcla con todo nuestro ser. Su salvación no se lleva a cabo de lo externo hacia lo interno, sino de lo interno hacia lo externo, esto es, no de la circunferencia hacia el centro sino del centro hacia la circunferencia.

Podemos dar testimonio de esto a partir de nuestra experiencia. Frecuentemente cuando oramos, nos aferramos al concepto religioso de que la

salvación vendrá desde los cielos, que están fuera de nosotros. Por ello, cuando oramos e invocamos, levantamos la cabeza y miramos hacia arriba. Sin embargo, nuestra experiencia nos muestra que otras veces cuando oramos de una manera más informal, e incluso cuando no pareciera que estamos orando, experimentamos que la salvación se efectúa a partir de nuestro ser interior. Conforme a nuestro concepto, pensamos que la salvación viene de arriba, pero en realidad el Señor efectúa Su salvación desde nuestro interior. ¿A qué se debe esto? El Señor efectúa Su salvación desde nuestro interior porque el día en que fuimos salvos, en el preciso momento en que nos arrepentimos, confesamos, creímos y oramos al Señor, nuestro maravilloso Señor entró en el centro mismo de nuestro ser, es decir, en nuestro espíritu. Quizás no hayamos estado conscientes de esto y no hayamos sentido nada, pero puesto que creímos en Él y le oramos a Él, Él entró en nuestro espíritu. Esta misteriosa realidad no se basa para nada en nuestros sentimientos. Algunos experimentan gran alegría, dulzura y liberación cuando el Señor entra en ellos, pero con la mayoría de la personas éste no es el caso. Con la mayoría de la personas, el Señor entra en su espíritu de manera tranquila, incluso sin que se percaten de ello. Quizás no hayamos percibido nada y no nos hayamos percatado de lo que sucedió, pero cuando creímos en el Señor Jesús, Él entró en nosotros.

Permítanme que les dé algunos ejemplos para demostrarles esto. Hay algunas personas que se arrepintieron, confesaron, creyeron y oraron al Señor; y al hacer todas estas cosas, ellos esperaban que sucediera algo. Así que, cuando parecía que nada había sucedido, se decepcionaron, y llegaron a la conclusión que el evangelio no es real y que la predicación que oyeron no era fiable. Si bien llegaron a esta conclusión, dentro de unos días (con algunos, tres o cuatro días, y con otros, siete u ocho días) algo se despertó en ellos sin que lo supieran. Algunos lo llaman poder, otros dicen que es la salvación y aun otros dicen que han experimentado un cambio; pero sin importar qué terminología es usada para describirlo, esta experiencia es algo muy real. Algo poderoso surge dentro de tales personas a fin de salvarlas.

Hace cuarenta años le prediqué el evangelio a un hombre llamado Sr. Du, y fue salvo. Al Sr. Du le gustaba beber. Él había estado en el cristianismo por muchos años, pero nunca se había arrepentido ni había creído hasta que oyó nuestra predicación del evangelio. Cuando oyó nuestra predicación del evangelio, él se arrepintió, creyó e invocó al Señor. Así que, fue salvo en verdad. El Sr. Du tenía un buen amigo que era su vecino, llamado Sr. Yang. El Sr. Yang también había estado en el cristianismo por muchos años, pero aún le gustaba jugar a las cartas e ir a la ópera. Raramente asistía a las reuniones cristianas; él quizás iba una vez cada tres o seis meses. Por varios años él sólo asistía al servicio de Navidad el 25 de diciembre. El Sr. Yang tenía cerca de treinta años, y él y el Sr. Du eran buenos amigos que disfrutaban beber juntos. Después de que el Sr. Du creyera en el Señor, influyó en el Sr. Yang y éste también creyó en el Señor. El Sr. Yang creyó genuinamente en el Señor y fue salvo y entró en la iglesia. Ahora ya no era meramente un cristiano nominal. El Sr. Du y el Sr. Yang estaban contentos de que ambos habían creído en el Señor y que habían entrado en la vida de iglesia. Un día uno de ellos se rió y le dijo al otro: “Bebamos un poco de vino juntos”. El otro respondió: “No. No es bueno beber”. Pero el primero respondió: “Podemos beber un poco de ‘vino de Timoteo’”. En 1 Timoteo 5:23 Pablo le dijo a Timoteo: ‘Ya no bebas agua sola, sino usa de un poco de vino por causa de tu estómago y

de tus frecuentes enfermedades'. Así que, si está bien que Timoteo beba un poco vino, ¿por qué no podemos nosotros beber también?". Después de esto, los dos levantaron sus copas y comenzaron a beber. Sin embargo, cuando el Sr. Du tomó un sorbo del vino, no le supo bien, así que miró al Sr. Yang; y después de que el Sr. Yang tomara un sorbo, él le dijo al Sr. Du: "Este vino ha cambiado. Sabe amargo". Ambos volvieron a tomar un sorbo y luego, sin decir nada más, simultáneamente pusieron en la mesa sus copas; ninguno de ellos podía beber más. Esta historia nos muestra que incluso si uno sigue la letra de la Biblia, es posible que el Cristo que mora dentro de nosotros no esté de acuerdo. Conforme a la Biblia, quizás sea aceptable beber un poco de "vino de Timoteo", pero algo dentro de usted podrá oponerse a ello. Esto es un ejemplo de que la salvación no proviene de enseñanzas externas; más bien, la salvación proviene de adentro.

Permítanme darles otro ejemplo. Cuando predicaba el evangelio hace cuarenta años, otra persona fue salva. Su apellido era Jing. Él trabajaba en la oficina de aduanas y tenía casi la misma edad que el Sr. Du. El Sr. Jing era alto y fuerte. Era oriundo de Manchuria, poseía un buen sentido del humor, tenía una voz muy fuerte, y le gustaba fumar y beber. Sus colegas de la oficina de aduanas tenían fiestas a menudo. Si el Sr. Jing no asistía a esas fiestas, sus colegas no se divertían tanto, así que siempre se aseguraban de que él estuviera allí. El Sr. Jing era conocido por ser amable y también por ser un fumador empedernido: fumaba desde que llegaba a la oficina hasta que se iba. El Sr. Jing era esta clase de persona antes de ser salvo. Un día, sin embargo, él vino a escuchar el evangelio. En aquel entonces celebrábamos una serie de reuniones del evangelio al principio del año nuevo. Después de escuchar el evangelio por varias noches, el Sr. Jing vino a verme. Él dijo: "Sr. Lee, entendí lo que predicaba, y también fui conmovido por ello. Ahora quisiera preguntarle, ¿cómo puedo ser salvo?". Le respondí: "Es muy simple. Usted tiene que arrepentirse, confesar, creer y orar. Vaya a casa y ore al Señor Jesús. Dígame: 'Señor Jesús, soy un pecador'. Después de orar esto, confiese cualquier pecado que perciba en su interior, y después de confesar, diga: '¡Señor Jesús! Gracias. Fuiste crucificado en la cruz por mí. Creo en Ti, y te recibo como mi Salvador'". Cuando se fue a casa, hizo lo que yo le había indicado, pero cuando oró de esa manera, no le pareció que había sucedido algo. La mañana siguiente, se fue a trabajar como de costumbre. Era su hábito llevarse dos paquetes de cigarrillos todos los días, pero esta mañana, por alguna razón desconocida, se le olvidó llevarlos. Uno de los colegas del Sr. Jing, que se sentaba frente a él en la oficina, también era un fumador empedernido. Cuando ambos llegaban a sus escritorios cada mañana, se miraban el uno al otro con una mirada que parecía decir: "Yo tengo mis cigarrillos, y me los voy a fumar. Más vale que usted haya traído los suyos, porque no voy a permitirle que se aproveche de mí pidiéndome mis cigarrillos". Sin embargo, esa mañana, cuando el colega sacó sus cigarrillos, el Sr. Jing se dio cuenta de que había olvidado traer los suyos. En ese momento, también se acordó que la noche anterior había creído en Jesús, así que le dijo a su colega: "He olvidado traer mis cigarrillos, pero ayer en la noche creí en Jesús". Cuando su colega oyó esto, le respondió: "Olvídelo, mi querido Jing; usted es un buen bromista. Sé que está tramando algo cuando dice que ha creído en Jesús. No piense que podrá aprovecharse de mí esta mañana. Si trajo sus cigarrillos o no, eso es problema suyo. No voy a darle los míos". Entonces, el colega del Sr. Jing esperó para ver qué sucedería. Para su sorpresa, toda la mañana pasó sin que el Sr. Jing fumara. Entonces, el colega siguió observando al Sr. Jing; toda la tarde

pasó, y el Sr. Jing aún no fumaba. El colega del Sr. Jing ahora estaba bastante sorprendido. Sabía que incluso si el Sr. Jing estuviera bromeando, no habría podido seguir bromeando por tanto tiempo. Ésta fue la manera en la que el Sr. Jing dejó de fumar.

Esa noche, los empleados de la oficina de aduanas celebraron una fiesta como solían hacer, e invitaron al Sr. Jing. Se le hizo difícil decir que no, así que fue. Cuando llegó a la fiesta, simplemente se quedó callado y sólo le sonreía a los demás; así que las personas empezaron a burlarse de él. Pero no importa qué decían, él se quedaba callado y les sonreía. Finalmente, alguien dijo: “Miren, el querido Jing está tramando algo nuevo hoy”. No obstante, no importa cuánto se burlaban de él, el Sr. Jing se quedaba callado. Luego, les dijo a sus amigos: “Yo he creído en Jesús. Ya no fumo, ya no bebo, y ya no bromearé más”. Cuando todos oyeron esto, se rieron y dijeron: “¡Ya olvídelo! ¿A quién quiere engañar? ¡Está tramando algo!” Luego, todos se acercaron para brindar por él, pero en vez de beber con ellos, simplemente dijo “gracias” y sonrió. Dentro de él había un poder que le permitió dejar de beber. Fue así como el Sr. Jing cambió.

Cuando los empleados de la oficina de aduanas celebraban fiestas, sus esposas siempre los acompañaban. Cuando el Sr. Jing fue salvo, dejó de salir con sus colegas, así que su esposa tampoco podía salir con ellos. Por tanto, su esposa se enfadó mucho con Jesús y le echó la culpa a los que le habían predicado a su marido acerca de Jesús. Cuando el Sr. Jing fue salvo, se volvió ferviente por el Señor. Un día invitó a siete u ocho de nosotros a su casa para celebrar un banquete de amor y le pidió a su esposa que preparara una comida para nosotros. Poco sabía que su esposa estaba muy enojada y que no tenía intención alguna de cocinar. A mí también me invitaron a su casa aquel día. Cuando llegamos a su casa, vimos que no había nada en la mesa para comer más que las sobras frías del día anterior. El hermano Jing se sentó llorando, pero nosotros le dijimos: “Hermano, esto es realmente un banquete de amor. ¡Comamos!”. En otra ocasión, cuando el hermano Jing estaba en una reunión, su esposa le esperaba impacientemente en casa. En el momento en que el hermano Jing abrió la puerta, su esposa comenzó a quitar los cuadros de la pared y a lanzárselos. Sin embargo, aun así él sonreía y alababa al Señor. Él fue capaz de responder así, no porque había recibido algún poder externamente, sino porque había un poder que operaba dentro de él.

Puedo contarles muchas historias en cuanto a la predicación del evangelio y cómo el Señor salva a las personas, no de forma externa sino interiormente. Podríamos pensar que cuando el Señor nos salva, Él es semejante a alguien que está sobre terreno sólido y nos saca de un hoyo profundo. Pero ésta no es la manera en la que opera el Señor. Cuando abrimos nuestra boca para orar, el Señor entra en nosotros y nos saca del hoyo a partir de nuestro interior. El Señor entra en nosotros y nos salva interiormente.

EL ESPÍRITU TODO-INCLUSIVO ES NUESTRA ABUNDANTE SUMINISTRACIÓN

En realidad, el poder que tiene el Señor para salvar es el Señor mismo. Hoy, Él es el Espíritu vivificante y todo-inclusivo. Él posee tanto el elemento de la divinidad como el elemento de la humanidad. Además, los atributos divinos de Dios, las virtudes humanas, los elementos de la redención, Su crucifixión que da fin a todo, Su muerte todo-inclusiva, Su resurrección, Su ascensión, y la justicia, la santidad, la luz, la vida, el amor y la victoria, todo ello está en Él. Todo está en el Espíritu. Los elementos que componen el Espíritu son ricos y abundantes. Ésta es la razón por la cual lo llamamos el Espíritu todo-inclusivo. Nuestro Señor es tal Espíritu.

Cuando el Espíritu todo-inclusivo entra en nosotros, primero, llega a ser nuestra vida, y segundo, llega a ser nuestro suministro de vida. Estos dos pasos implican mucho. Podemos dar un ejemplo de estos dos pasos valiéndonos del alimento que comemos. En Juan 6:57b el Señor Jesús se comparó a Sí mismo con el alimento, pues dijo: “El que me come, él también vivirá por causa de Mí”. Todos sabemos que el alimento tiene como fin suministrarnos interiormente. Una comida apropiada contiene muchas vitaminas y nutrientes. Después de que estos nutrientes han sido digeridos por nuestro estómago, dichos nutrientes son absorbidos y transportados a las diferentes partes de nuestro cuerpo para llegar a ser los muchos elementos que nos constituyen. El alimento que comemos es orgánico; así que, al pasar por un proceso metabólico en nuestro cuerpo, dicho alimento produce un cambio orgánico dentro de nosotros.

Si un hermano está muy débil, su cara estará pálida y flaca. Si éste es el caso, ¿cómo podemos ayudarlo? Si nos esforzamos por mejorar su aspecto externo al aplicarle algún cosmético blanco, rojo o negro en su cara, esto no sería algo orgánico sino artificial. Esto no le ayudará a recuperar la salud; incluso puede hacerle daño. ¿Qué es, entonces, lo que debemos hacer por él? Lo apropiado sería darle la mejor bebida y el alimento más nutritivo. Si él come de esta manera por cuatro semanas consecutivas, su tez se volverá lozana, rubicunda y saludable. Esto es un ejemplo de la transformación orgánica interna. Éste es un proceso metabólico.

Les pido disculpas por hablar de mí mismo. Yo ministro la palabra todo el año. Por cada hora que hablo, debo dormir tres; también tengo que comer bien. Incluso los jóvenes en Estados Unidos que tienen veinte o treinta años no pueden mantener el ritmo que lleva un hombre viejo como yo. Puedo hablar por cinco o seis horas seguidas, pero esto los agotaría totalmente a ellos. ¿Me preguntan cuál es el secreto? Es la misericordia del Señor que puedo comer, beber y dormir. Lo que como y bebo llega a ser un suministro para mi cuerpo. En 1948 fui a Fuzhou y viví allí cerca de dos o tres meses. El horario que los hermanos programaron para mí estaba muy apretado. Había por lo menos tres reuniones al día: mañana, tarde y noche. Era realmente agotador. Sin embargo, en la ciudad de Fuzhou se producen cierta clase de mandarinas. Después de cada mensaje, me daban un vaso de jugo de mandarina. Dos minutos después de beber el jugo, estaba lleno de energía otra vez. Me vigoricé porque había recibido un suministro interior.

Hoy, el Señor Jesús es el Espíritu de vida todo-inclusivo. Los ingredientes que hay en Él son mucho más ricos que cualquier alimento o bebida. Todo lo que necesitamos está en Él. Él es realmente un suministro abundante. Su suministro

entra en nosotros no sólo para darnos poder, sino también para forjar Sus elementos en nosotros a fin de que podamos ser transformados metabólicamente. No es cuestión de un cambio externo, sino de una transformación interna. Quizás la meta de usted sea recibir poder, pero la meta de Él no es darle a usted poder meramente, sino transformarlo.

Supongamos que tengo una taza de agua. Ahora supongamos que le añado un poco de limón, de té y de miel. Si hago esto, ahora tendré una taza de té de limón, la cual contiene los siguientes ingredientes: agua, miel, limón y té. Cuando estos ingredientes se mezclan, tienen una capacidad orgánica y alimenticia de proveernos energía. El Señor entra en nosotros con todos Sus elementos; sin embargo, Su meta no es sólo proveernos poder. La meta del Señor es forjar Sus elementos, Su esencia, en nosotros para que seamos transformados orgánicamente por dentro.

NO SÓLO HABLAR SOBRE LA NUTRICIÓN, SINO APRENDER A COCINAR Y A COMER

No podemos obtener los elementos del Señor si sólo escuchamos mensajes porque los mensajes, incluso cuando se repiten una y otra vez, sólo pueden darnos cierta clase de conocimiento, entendimiento y comprensión. Ellos no pueden darnos la esencia del Señor, los elementos del Señor.

Por ejemplo, supongamos que un hermano se resfría seriamente, y después de estar enfermo por seis semanas, se halla pálido y flaco. Supongamos que deseo ayudarlo, pero que sólo sé cómo hablar y no sé hacer nada más. Sólo sé hablarle sobre la nutrición, pero no sé cómo cocinarle algo. Desde la mañana hasta la noche sólo le doy sermones con un libro sobre la nutrición, diciéndole que le falta esto y lo otro, y que debe hacer esto y lo otro. Así, le digo todo lo que se relaciona con la nutrición. Si hiciera esto, ¿le sería de provecho a él? De hecho, probablemente sería mejor si no le hablara tanto. Cuanto más le hablo, más flaco se vuelve. Él recibe mucho conocimiento, pero no le es útil. Ahora supongamos que su madre viene a verlo. Ella lo quiere mucho, y sin decirle una palabra, sencillamente le cocina tres buenas comidas todos los días. El resultado de alimentarse con estas comidas es que él se vuelve sano.

¿Cuál es el problema del cristianismo hoy en día? El problema es que en el cristianismo se habla sobre la nutrición, pero no se cocina. Yo me incluyo en esto. Temo que sea posible que sólo hable sobre la nutrición y no les cocine nada para comer. Temo que muchos de los que han venido de otras localidades para escuchar digan: “El hermano Lee sigue dando los mismos mensajes que dio antes. Sigue hablando sobre invocar el nombre del Señor y orar-leer la palabra del Señor. Hemos oído todo esto antes”. Queridos hermanos y hermanas, no les estoy preguntando si ya han escuchado esto antes. Les estoy preguntando si han comido o no. No estoy aquí para darles lecciones de repaso. Estoy aquí para alimentarlos. Los mensajes les serán de poco provecho; sólo el Espíritu es de provecho. El Espíritu es el Señor mismo, el Espíritu es alimento, el Espíritu es vida y el Espíritu es el suministro de vida. El suministro del Espíritu es un suministro abundante que satisface cada necesidad.

Es difícil para nosotros hacer un giro y profundizar en este punto. Desde que nacimos hemos estado inmersos en nuestra constitución natural, y a medida que crecimos, asimilamos la cultura; después de creer, nos internamos en la religión. Estas tres cosas —la constitución natural, la cultura y la religión— nos rodean. Han llegado a ser tres capas de velos. No tenemos sólo una capa; tenemos tres capas de velos. Una es nuestra constitución natural, otra es la cultura humana, e incluso otra es la religión. Temo que después de oír mil, o incluso diez mil mensajes, aún se aferrarán a sus conceptos religiosos.

La religión carece del Espíritu. Una religión es una serie de creencias y sus correspondientes enseñanzas. La religión siempre nos enseña a hacer esto y lo otro. La religión está llena de enseñanzas; sin embargo, la religión nunca nos suministra. Quizás pensemos que la iglesia es igual. Quizás pensemos que la iglesia consiste sólo en hablar la palabra y escuchar la palabra. Este concepto es incorrecto. Por tanto, tengo una carga pesada en mí. He estado delante del Señor, aferrándome a Él desde lo más profundo de mi ser. He orado: “Señor, abre el entendimiento de los santos en las iglesias en todas las localidades, de modo que puedan ver que lo que necesitan hoy no es sólo la palabra, sino también el Espíritu”. Hoy no sólo necesitamos la palabra; también necesitamos el Espíritu. La palabra nos enseña; el Espíritu nos suministra.

EL SUMINISTRO CONLLEVA TRANSFORMACIÓN

La meta de Dios no es sólo suministrarnos; la meta de Dios es transformarnos. Mi carga en este mensaje es la transformación. Tenemos que orar: “¡Señor, transfórmanos!”. El concepto religioso es que si alguien tiene mal genio, necesita recibir enseñanzas a fin de poder cambiar. La religión le dice: “Usted tiene mal genio. Hace todo apresuradamente. Por tanto, tiene que entender que necesita cambiar”. Sin embargo, el Señor no es así. El Señor quiere que comamos un poco de Él todos los días y que recibamos un poco más de Él todos los días. Él es Espíritu, y como tal, puede ser recibido en nosotros. Él no tiene la intención de cambiar nuestra rápida manera de ser, sino que cuando Él entra en nosotros —un poco hoy, un poco mañana y un poco más el día siguiente—, Su esencia, la cual es el Espíritu, entra en todas las partes de nuestro ser, lo cual incluye nuestra natural manera de ser. Como resultado, nuestro ser cambia espontáneamente. Él no nos cambia deliberadamente de ser una persona rápida a ser una persona lenta, o de ser una persona lenta a ser una persona rápida. Ésta no es la manera en la que Él obra. En cambio, Él transforma nuestro ser, nuestra esencia. Romanos 12:2 dice que somos transformados por medio de la renovación de la mente, y 2 Corintios 3:18 dice que somos transformados en la imagen del Señor. El Señor nos transforma en Su imagen al suministrarnos consigo mismo.

EL OLIVO SILVESTRE ES INJERTADO EN EL OLIVO VERDADERO

Romanos 11 dice que nosotros, los gentiles, somos un olivo silvestre. Al creer en el Señor somos injertados en el olivo verdadero y somos hechos aptos para

participar de la raíz de la grosura del olivo. Dentro de la raíz del olivo verdadero está la savia, el jugo de vida, el cual es la grosura. Cuando la rama del olivo silvestre es injertada en el olivo verdadero, la savia de vida entra en la rama, y la rama recibe el suministro. Creo que como cristiano, usted tiene esta clase de experiencia: la experiencia de haber sido una rama del olivo silvestre que ha sido injertada en el olivo verdadero y que recibe la savia de vida del olivo verdadero, la cual suministra todo su ser. Si realmente tiene esta experiencia, entonces le exhorto a que olvide las enseñanzas externas y que preste atención al suministro interno de la savia.

El suministro de la savia de vida no tiene como fin sólo darnos poder, sino también transformarnos. ¿Cómo ocurre la transformación? La rama de un olivo silvestre posee la naturaleza y esencia de un olivo silvestre. Sin embargo, cuando esta rama es injertada en un olivo verdadero, la savia del olivo verdadero suministra a esta rama del olivo silvestre y la transforma. Finalmente, se producen aceitunas, olivas. En el pasado las aceitunas de la rama del olivo silvestre sabían amargas y agrias, pero ahora que la savia del olivo verdadero ha pasado por la rama del olivo silvestre, la esencia de la rama del olivo silvestre ha sido transformada y las aceitunas ahora son dulces y fragantes. Incluso la forma de las aceitunas de esta rama de olivo silvestre ahora serán como las del olivo verdadero.

El proceso de producir aceitunas es un proceso que se realiza de gloria en gloria y de día a día. La semana pasada, la aceituna aún era muy pequeña. Después de dos semanas es más grande. Y después de otras dos semanas, es incluso más grande. En la etapa inicial no había mucha gloria, pero al final, después de haber alcanzado la madurez, usted verá una oliva llena de gloria. El proceso por el cual la oliva pasó la llevó de gloria en gloria. La expresión *de gloria en gloria* hallada 2 Corintios 3:18 significa “de un grado de gloria a otro”.

Nuestro deseo es que en esta era veamos surgir iglesias de localidad en localidad y que estas iglesias no hagan énfasis en las enseñanzas, sino, más bien, abran los ojos de los creyentes para darles una visión. En estas iglesias la luz resplandecerá, lo cual capacitará a los creyentes para ver que lo que necesitan no es la enseñanza externa, sino el suministro interno de vida. También verán que cuando creyeron y fueron salvos, la fuente de vida —el Cristo todo-inclusivo, el Espíritu todo-inclusivo— entró en ellos. Ellos aprenderán a vivir en este Espíritu todo-inclusivo, a disfrutar de este Espíritu y a recibir su suministro abundante todos los días. De esta manera, día a día dicho suministro cambiará la esencia del ser de ellos. Mes a mes y año a año en cada iglesia local, veremos hermanos y hermanas que vienen regularmente a las reuniones y que son transformados de día en día. Son como las ramas del olivo silvestre que fueron injertadas en el olivo verdadero. Al principio, cuando una rama es injertada, no podemos ver que ocurra nada. La rama está allí sencillamente absorbiendo la grosura del olivo verdadero y recibiendo el suministro por dentro. Poco a poco usted verá un brote nuevo, luego algunas flores, y finalmente saldrá un fruto pequeño. Después de dos semanas, el fruto habrá crecido un poco más. Después de otras dos semanas habrá más crecimiento, y al final, el fruto alcanzará la madurez, y habrán olivas dulces y fragantes. Espero que todas las iglesias locales sean así, de modo que año a año los hermanos y hermanas reciban a Cristo, disfruten de Sus riquezas, obtengan Su suministro abundante y sean

transformados en esencia. La transformación no es un cambio repentino en aspecto exterior; antes bien, es un cambio lento en esencia interior. Al ser transformados de esta manera, los hermanos y hermanas finalmente serán totalmente diferentes de lo que eran antes de ser salvos. La transformación no ocurre de forma repentina, sino que es un proceso metabólico continuo en la vida divina que finalmente produce resultados visibles.

CRECER EN LA IMAGEN DEL SEÑOR MEDIANTE LA TRANSFORMACIÓN

Ésta es la iglesia que el Señor desea hoy. La iglesia que el Señor desea no es sólo una iglesia en la que los santos están firmes sobre el terreno de unidad. La iglesia que el Señor desea es una iglesia en la cual los santos están firmes sobre el terreno de unidad y también comen a Cristo, disfrutan a Cristo, absorben Su rico suministro y reciben Su suministro abundante. Este suministro abundante primeramente entra en nuestro espíritu, después se extiende a nuestra mente, parte emotiva, voluntad y a todas las partes de nuestro ser, transformando nuestra misma esencia. No creemos en una doctrina, sino en el Espíritu viviente. No estoy aquí predicando mensajes doctrinales, sino que predico a un Cristo viviente. Después de hablarles por una hora, no me importa si no entienden lo que he dicho. Lo que me importa es que el espíritu de ustedes haya tocado a Cristo. No espero que recuerden todo lo que han oído. Mi única esperanza es que el ser interior de ustedes haya sido tocado por Cristo. Cuando su ser interior haya sido tocado por Cristo, su entendimiento espiritual aumentará, y cuando vayan de regreso a casa, podrán tener contacto con el Señor ustedes mismos. También tendrán comunión con Él, orarán un poco más y pasarán más tiempo con Él, de modo que el ser interior de ustedes recibirá el suministro. Entonces, poco a poco, la esencia de Él entrará en nuestra esencia y la transformará. Esta transformación no es el resultado de un cambio de comportamiento, sino de un metabolismo orgánico. La transformación acompaña al crecimiento. Realmente, la transformación es el crecimiento. El resultado de la transformación es la conformación. Al ser transformados, seremos conformados a la imagen del Señor Jesús. En tal momento, la intención original de Dios al crear al hombre se cumplirá. Cuando Dios primeramente creó al hombre, creó al hombre a Su imagen a fin de que el hombre lo expresara. Finalmente, aquellos que son redimidos por Dios no sólo tendrán Su imagen, sino también Su vida y Su esencia. Su esencia se mezclará con nosotros, haciendo que todo nuestro ser experimente una transformación metabólica. Por otra parte, después de haber sido transformados continuamente, creceremos en Su imagen.

Todo ser viviente tiene una vida definida, y toda vida tiene características definidas, un poder definido y una forma definida. La semilla de una flor de alheña, por ejemplo, tiene una vida y un poder así como una forma en particular. Lo único que tenemos que hacer es plantar esta semilla en la tierra y permitir que crezca. La semilla no sólo tiene el poder para crecer, sino que después de un período de crecimiento, tendrá el poder de moldear esa semilla en la forma de una flor de alheña. Una flor es diferente de un producto de plástico que se produce en una fábrica. Algo que se produce en una fábrica debe adquirir su forma mediante la presión de un molde exterior. La forma de una

flor de alheña, sin embargo, no proviene de un molde. La forma de una flor de alheña proviene del crecimiento. La forma de un crisantemo también proviene del crecimiento. Esto se aplica tanto a las plantas como a los animales. Cuando un perrito o un gatito nace, no es fácil distinguir si es un perro o un gato. Sin embargo, no es necesario preocuparnos por ello. Sencillamente, tenemos que dar lugar a que el perrito o el gatito crezca, y mientras crezcan, no será necesario pedirle a un carpintero que haga un molde y lo ponga sobre el cuerpo de esos animales. Si damos lugar a que el perrito o el gatito crezca, finalmente crecerá en la forma de un perro o de un gato. No importa cómo crezca un perrito, nunca le crecerán dos cuernos de vaca, y no importa cómo crezca un gatito, no crecerá en la forma, la imagen, de un caballo. Esto se debe a que la vida que está dentro de ellos tiene una forma definida.

La imagen de Dios se halla en la vida de Dios. La imagen del Señor Jesús está en Su vida. Por tanto, si sencillamente permitimos que la vida del Señor Jesús crezca en nosotros, Su vida producirá una imagen. Después de un período de crecimiento, Su imagen se manifestará por medio de nosotros. Por tanto, podemos llamar a este proceso crecimiento, transformación o conformación. Todos fuimos creados, y todos hemos sido redimidos y regenerados. Agradecemos al Señor y lo alabamos por esto. Ahora estamos en el proceso de disfrutar de Su suministro abundante y de recibir Su rica esencia. Su suministro y Su esencia hacen que nuestro elemento natural experimente una transformación metabólica. Esta transformación orgánica hace que crezcamos, que seamos transformados y que seamos conformados. Ninguna doctrina puede realizar esto; sólo el Espíritu puede realizarlo. Aleluya que Él es el Espíritu y que Él está en nosotros como nuestro suministro abundante.

Queridos hermanos y hermanas, desde lo más profundo de mi ser espero que todos ustedes pongan a un lado los mensajes que han oído por tantos años. No es cuestión de recordar esos mensajes o no. Lo que ustedes y yo tenemos que ver hoy es que el Espíritu todo-inclusivo con Su suministro abundante está dentro de nosotros. Este suministro es un suministro orgánico, un suministro que puede transformarnos. Si disfrutamos al Señor continuamente, y permitimos que se añada más y más en nosotros, creceremos espontáneamente, seremos transformados y seremos conformados a Su imagen. Que el Señor tenga misericordia de nosotros. Todos debemos orar por esto y centrarnos en el Señor para que lo haga en nosotros.